La conquista del ESPACIO

BOLSILIBROS BRUGUERA

LOS MALVADOS SERES DE URRH

Lou Carrigan

CIENCIA FICCION



www.todocoleccion.net

LOU CARRIGAN

LOS MALVADOS SERES DE URRH

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Oh, Jolyon, sí...! ¡Sí!

El abrazo de Jolyon Sanderfer era vital, poderoso, arrolladoramente viril. Celeste Colb correspondía a él con toda su energía, con todos sus deseos de mujer excitados al máximo.

Tras su petición, efectuada con voz ahogada, temblorosa, todavía se abrazó con más fuerza al cuerpo del hombre que la estaba satisfaciendo tan plenamente. Enseguida, su boca se unió a la de él, pero tuvo que apartarla pronto, porque le faltaba aire.

Y no porque estuviesen en una nave espacial que en aquel momento flotaba en el espacio a millones de kilómetros de la Tierra, sino por la tensión del momento, por la emoción física que la estaba inundando. Se sentía poseída y poseedora, amada y amante. La tecnología humana había adelantado mucho, pero los hombres y las mujeres seguían siendo solamente hombres y mujeres.

Ella era una mujer. Jolyon Sanderfer era un hombre.

Y eso era todo.

Lo único importante en aquel momento.

La vitalidad viril de Jolyon se impuso finalmente con todo su poder. Celeste Colb emitió un prolongado gemido, casi un quejido en el que vibraba todo su placer, y su abrazo llegó al límite de potencia al mismo tiempo que el grandioso placer físico que estaba experimentando. Su hermosa boca roja y tierna se entreabrió en un gesto desmayado mientras todo su cuerpo explotaba por fin de aquel modo cálido y dulce.

Sintió al hombre. Se sintió a sí misma grandiosamente colmada con aquella erupción final de todos sus deseos casi frenéticos. Su entrega fue total, absoluta, mientras sus labios temblaban en suspiros y gemidos.

No se podía gozar más, no se podía sentir tanto placer, no se podía experimentar mayor felicidad que la de aquel momento en que Jolyon Sanderfer culminaba en su cuerpo la labor masculina. Oh, y él también estaba gozando, también... ¡También!

A muchísimos millones de kilómetros del planeta Tierra, las cosas eran igual que allá lejos, en aquel diminuto pedrusco de coloración azul que flotaba en un insignificante rincón del espacio. Un hombre y una mujer estaban realizando, en el año mil novecientos noventa y dos, el mismo acto que desde los principios habían realizado cualquier macho y cualquier hembra.

Y cuando, tras la consecución del último resto de placer, ambos se relajaron y suspiraron, y se hizo el silencio absoluto, todo volvió a ser como antes: estaban muy lejos de la Tierra, estaban en la gigantesca nave USA-ASC-097 que surcaba la interminable oscuridad del espacio exterior en la más completa calma.

No se oía ni siquiera la más leve vibración de los sistemas de propulsión. Era como si las paredes de aleación lo absorbiesen todo.

—Cielos —suspiró Celeste Colb—... ¡Es increíble!

Jolyon Sanderfer, todavía aplastándola con el peso de su musculoso cuerpo, se alzó sobre los codos, y la miró sonriente.

—¿A qué te refieres? ¿Creíste que nunca te lo pediría?

—Oh, sí, eso sí, Jolyon... ¡Y lo estaba esperando y deseando tanto! Pero nunca pensé que pudiera ser tan maravilloso..., ¡tan increíblemente maravilloso!

—Sinceridad por sinceridad: a mí también me ha parecido maravilloso. Me alegro mucho de haberme decidido a pedírtelo por fin.

—¡Después de tantas semanas de vuelo...! Me pregunto qué es lo que te ha estado reteniendo tanto tiempo. ¿Acaso no se notaba claramente que yo también te deseaba?

—Bueno... Tan claramente... No sé.

—¡Ya sólo faltaba que fuese yo quien te lo pidiera!

—¿Por qué no lo hiciste? —rió él.

—Bueno, querido, habría resultado un tanto desairado para mí pedírtelo y que me hubieses rechazado. En tierra no habría importado, pues con dejar de verme contigo todo arreglado... ¡Pero aquí, en está nave donde tendremos que estar en contacto diario horas y horas durante yo qué sé cuanto tiempo...! Y además, eres el

jefe de la nave. Francamente, habría resultado un tanto bochornoso que el comandante de la nave hubiese rechazado a la capitán médico.

—Tus ideas son un tanto anticuadas, ¿no te parece? Claro que comprendo tu...

En la cabina privada se oyó un leve y casi musical zumbido. Acto seguido, una voz masculina:

—Comandante, se solicita su inmediata presencia en la sala de mandos.

Jolyon Sanderfer se separó inmediatamente de Celeste Colb, provocando en ésta un gesto de desconsuelo que le hizo lanzar una contenida carcajada. Completamente desnudo, se acercó al sistema de comunicación.

—¿Qué ocurre, Wayne? —preguntó, calmosamente.

La voz del navegante jefe de la nave volvió a expandirse por la cabina privada de Jolyon Sanderfer:

—Rogamos su presencia inmediata, señor.

—¿No está ahí el capitán Bentley?

—Sí, señor, está aquí. Es él quien le ruega que venga usted a la sala de mandos.

—Estaré ahí en dos minutos.

Se dirigió hacia donde había dejado su uniforme de una sola pieza, adaptado al cuerpo, de una tonalidad azul brillante, y comenzó a vestirse sin precipitación, con gestos rápidos y seguros.

—¿Qué puede pasar? —preguntó Celeste.

—No tengo ni idea, pero tiene que ser algo importante cuando Clerfe Bentley no se atreve a tomar una decisión. Será mejor que tú te vistas también y vuelvas a tus obligaciones.

—¡Mis obligaciones! —rió Celeste—. ¡En esta nave no hay ni ha habido en ningún momento nadie que necesite cuidados médicos! Todos somos... seres excepcionalmente sanos. De otro modo, no estaríamos en este vuelo.

—Si el Centro colocó un médico a bordo, por algo sería. No seas perezosa, Celeste.

—Es imposible no volverse perezosa en esta nave. ¡Nunca hay nada que hacer!

—Venga, venga. —Jolyon se acercó a Celeste, y le dio una palmadita en un muslo—... ¡Arriba! Luego nos veremos.

—¿Quieres decir que más tarde volveremos a...?

—¿Por qué no? Realmente, hay muy pocas cosas que hacer en esta nave..., aparte de esto, claro. Hasta luego.

Salió de su cabina todavía terminando de vestirse. No había nadie en el reluciente pasillo. Silencio total. El gran silencio del infinito espacio, que recorrían en aquel momento veinte naves como la 097 en busca de alguna explicación a las señales de radio remotísimas que semanas atrás habían sido captadas desde el American Spatial Center de los Estados Unidos.

Mientras caminaba hacia la sala de mandos, el comandante Sanderfer pensó una vez más que estaban perdiendo el tiempo. Hacía más de veinte años que se registraban en los receptores de la Tierra aquella clase de señales, y nunca habían encontrado su procedencia, ni la más pequeña explicación que tuviera un mínimo de lógica aceptable. Sí, era perder el tiempo, pero aquél era su trabajo.

Cuando entró en la sala de mandos algunas cabezas se volvieron, una de ellas la de Rowena Donovan, la astrofísica de la nave; y por los hermosos ojos de Rowena pasó un destello entre furioso y apasionado al fijarse en la atlética figura de más de metro noventa del comandante de la nave.

Éste se acercó a los paneles de mando que vigilaba y controlaba Wayne Hanna, sentado ante ellos. Junto a Hanna estaban Rowena y el capitán Bentley. Los demás permanecían en sus puestos de navegación y escucha.

—¿Qué ocurre? —inquirió Jolyon.

—Venga a ver esto, mi comandante —señaló Bentley la pantalla lumínica.

Jolyon se acercó, con sus largas zancadas. Se quedó mirando el pequeño punto negro que detectaba la pantalla de radarspace. La línea de contacto giraba, pasaba sobre el punto, describía la vuelta completa, volvía a pasar por el punto..., pero no sonaba señal alguna de contacto. Jolyon frunció el ceño.

—¿Qué es eso?

—Es algo que hay ahí afuera, frente a nosotros, aproximadamente a un millón de kilómetros —explicó Hanna—. Nos estamos acercando, y el radarspace lo ha detectado hace unos minutos. Sin embargo, no produce ninguna señal, o al menos

nosotros no la captamos.

—Pero sí captamos su presencia —murmuró Jolyon.

—Sí.

—Eso no puede ser. ¿Rowena?

Miró a la astrofísica, que encogió los hombros.

—Ahí lo tiene —señaló también.

—Ya lo veo. ¿Qué puede ser?

—No lo sé. Es decir, lo único que se me ocurre es que puede ser un cuerpo muerto en el espacio. Tan muerto, que ni siquiera devuelve por reflexión nuestras señales de radio.

—Eso puede significar que las absorbe. ¿Es posible?

—Según mis conocimientos, no.

—¿Qué clase de... cuerpo muerto? —susurró Jolyon.

—No tengo ni idea. Y no he dicho que sea un cuerpo muerto, sino que es lo único que a mí se me ocurre que puede ser.

—¿No puede ser otra nave, un asteroide, una estrella...?

—Todo eso que usted dice es inmediatamente captado e identificado, comandante —sonrió Rowena Donovan.

—¿Se mueve?

—No —replicó Hanna—. Simplemente, está ahí.

—De acuerdo. Abran la ventana.

Se oyeron algunas risas. El comandante Sanderfer era un hombre serio, pero de cuando en cuando tenía sus pequeñas bromas. La ‹ventana› era el visor directo al espacio, frente a la nave. El visor de televisión era giratorio, y las imágenes que captaba en torno a la nave, se proyectaban en la gran pantalla de los sistemas de visión de ésta. Pero la ‹ventana› era la compuerta situada en el frente de la marcha circular de la nave.

La compuerta metálica se alzó, dejando visible el espacio a través del gran cristal de acero. La negrura de terciopelo apareció ante la nave, salpicada por puntos de fría luminosidad azul.

Y entre millones de estos puntos de luminosidad azul destacó inmediatamente aquel punto de luminosidad dorada. Rowena Donovan lanzó una exclamación, y se quedó mirando atónita el pequeño punto de luz dorada.

—¿Y ahora? —le preguntó Jolyon—. ¿Puede decirnos algo?

—No. Nunca he visto nada como eso en el espacio exterior.

—¿Ha consultado su computadora?

—Naturalmente. No asimila la información.

—¡Eso es imposible!

—Dígaselo a la computadora.

Jolyon Sanderfer apretó un instante los labios.

—Watkins.

—¿Mi comandante? —lo miró el jefe de radio.

—Envíe el siguiente mensaje: identifíquense por coordenadas espaciales radiadas. Se están acercando ustedes a la nave 097 del American Spatial Center de los Estados Unidos de América del planeta Tierra, dotada de armamento adecuado para repeler cualquier agresión o iniciar cualquier ataque, si es necesario. No obstante, nuestra misión es pacífica, en búsqueda amistosa de contactos radiales. Este mensaje proviene de la nave USA-ASC-097 mencionada, al mando del comandante Jolyon Sanderfer. Solicitamos respuesta. Es todo. Envíelo, Watkins.

—Sí, señor.

Slim Watkins procedió a enviar el mensaje. El silencio en la sala de mandos era total. El punto seguía en la pantalla del radarspace, pero la línea de contacto de éste seguía sin emitir sonido alguno.

Transcurrió un minuto. Watkins envió nuevamente el mensaje. Otro minuto más tarde, murmuró:

—No contestan, mi comandante. O no reciben las ondas, o, en efecto, las absorben.

—O se niegan a contestar, ¿no?

—Si es un cuerpo muerto —deslizó Rowena Donovan—, ¿cómo habría de contestar?

—Pero al menos —dijo Watkins— tendría que devolver por reflexión nuestro mensaje.

—Quizá se trate de una esponja —dijo Hanna.

—Vamos, Wayne... —refunfuñó Rowena—. ¡Hemos detectado ya muchas esponjas del espacio, y de todas ellas nos ha llegado la reflexión de nuestras ondas!

—Watkins, envíe otro mensaje. Este dice así: seguimos navegando en dirección a ustedes, y el contacto puede producirse dentro de diez horas terrestres. Solicitamos confirmación de sus intenciones pacíficas en correspondencia a las nuestras. Mensaje enviado por el comandante Sanderfer de la nave USA-ASC-097. Rogamos respuesta.

Slim Watkins envió el nuevo mensaje. Rowena insistió:

—Si es un cuerpo muerto…

Jolyon Sanderfer ya no pudo contenerse más; le dirigió una mirada casi colérica.

—¿Cómo demonios ha de estar muerto un objeto que emite luz? —gruñó.

Rowena Donovan enrojeció.

—Comandante, yo no le he dicho a usted cómo debe gobernar su nave, ¿verdad? En eso sabe más que yo. Sin embargo, en lo que se refiere a astrofísica permítame decirle que existe la posibilidad de una refracción lumínica procedente de otro lugar del espacio, lo que significa que ese… objeto o cuerpo no tiene luz propia, sino que, como nuestra Luna, se limita a reflejar otras luces.

—¿Por ejemplo? —masculló Jolyon.

—Por ejemplo, puede reflejar lumínicamente la energía de nuestra propia nave.

De nuevo apretó Jolyon los labios. Se hizo el silencio, hasta que de nuevo habló Watkins:

—El mismo resultado, señor. No hay respuesta, ni por voluntad ni por reflexión.

—Está bien. Posiblemente nuestra astrofísica tenga razón, pero yo me inclino a creer que se trata de una nave, probablemente de procedencia ajena a la Tierra. ¿Rawlings?

—Diga, mi comandante —se irguió el jefe de armas.

—Disponga las Secciones Uno y Dos para entrar en acción en cualquier momento. Orden de alarma hasta nuevo aviso.

—Si, señor. Orden en curso, señor.

—Bien. El resto de la tripulación de combate permanecerá en espera de… ¿Qué ocurre? —gritó de pronto.

Absolutamente todas las luces de la nave se apagaron en aquel momento, incluidos los indicadores de vuelo. La energía propulsora dejó de funcionar. La sala de mandos quedó súbitamente convertida en un oscuro cubículo matizada de fría luz estelar que penetraba por la ‹ventana›. Fue como si de pronto todo se hubiera convertido en hielo azul.

—¡Wayne! —aulló Jolyon—. ¿Qué pasa?

—Lo ignoro, señor. Todos los sistemas energéticos han dejado de funcionar.

Jolyon Sanderfer experimentó de pronto la sensación del más genuino miedo. Las palabras del navegante jefe significaban exactamente que la nave USA-ASC-097 acababa de convertirse en un simple objeto inerte en la inmensidad del espacio. Era, en aquel momento, como un simple guijarro en el centro de un océano.

Totalmente paralizado, Jolyon Sanderfer miraba hacia el punto de luz dorada que hasta entonces habían tenido frente a la línea de navegación de la nave. El punto luminoso seguía allí, de modo que Rowena Donovan no había acertado, pues de ser así ya no verían el punto al dejar de recibir éste energía de la nave.

Entonces... ¿qué era aquel punto?

Se dio cuenta, de repente, de que el punto se iba agrandando a ojos vistas, lo que significaba que la nave no había quedado inmóvil, o perdido velocidad, sino que la había aumentado. Y la había aumentado en tal medida que el punto de luz dorada era ya enorme. ¿Quizá se estaba acercando a ellos? ¿O eran ellos los que se acercaban a él?

—Oh, Dios mío —gimió Rowena Donovan.

El interior de la sala de mandos comenzó a inundarse de aquella luz dorada, a cada instante más intensa. No se oía nada, no se sentía vibración alguna, no existía el más leve rumor. Pero aquel punto que había estado minutos antes a un millón de kilómetros parecía ir acercándose. Dentro de la sala de mandos era como si se hubiera encendido un sol, la luminosidad comenzó a ser insoportable para las pupilas de los seres humanos procedentes de la Tierra.

Si era la nave la que se acercaba al punto..., ¿a qué velocidad lo estaba haciendo? Desde luego, muy superior a la límite que pudieran haber conseguido con sus sistemas de propulsión. Y si era aquel punto luminoso el que se estaba. acercando..., ¿qué era? ¿Solamente una bola de luz cada vez más enorme?

En cuestión de segundos, el negro espacio desapareció ante la nave terrestre, todo fue únicamente luz dorada.

Hubo de pronto una vibración de toda la nave Como cuando se golpea una barra metálica. El sonido lo llenó todo. Por un brevísimo instante, Jolyon Sanderfer tuvo la sensación de que la nave acababa de penetrar en algo, o cruzar alguna barrera. La vibración alcanzo tal intensidad que resultó tan insoportable como la luz.

Jolyon Sanderfer, que ya había cerrado los ojos, se llevo las

manos a las orejas, presionándolas con toda su fuerza. Pero era inútil. Sintió la tremenda presión, su cabeza dio vueltas a una velocidad indescriptible.

Se sintió como flotando.

Y súbitamente, no sintió nada.

CAPÍTULO II

Abrió los ojos, y se quedó mirando el techo de la sala de mandos. Permaneció así unos segundos, inmóvil, fijos los ojos inexpresivos.

Estaba tendido en el piso de la sala de mandos, boca arriba, mirando el techo. Por detrás de él llegaba una luz dorada y hermosísima. Se sentó, y volvió la cabeza hacia la ‹ventana›. Allá estaba la luz dorada.

Se puso en pie, lentamente, recordando lo sucedido. Podía haberse quedado ciego y sordo, incluso podía haber tenido rotura de tímpanos. Y quizá la había tenido, porque no oía absolutamente nada. Chascó los dedos junto al oído, y oyó el nítido sonido. No estaba sordo. Ni, evidentemente, ciego. La luz dorada era perfectamente soportable ahora. Hermosa, intensa, pero soportable sin dificultad alguna.

Todos los demás ocupantes de la sala de mandos yacían en sus puestos o, como Rowena Donovan y Clerfe Bentley, caídos en el suelo, inmóviles. Wayne Hanna parecía dormir caído sobre sus instrumentos de control y mando. Lo mismo los demás.

¿O estaban muertos?

Jolyon puso las yemas de dos dedos en un lado del cuello del capitán Bentley. Repitió la operación con Rowena Donovan. Los dos estaban vivos; simplemente, parecían dormidos. Por lo tanto, todos debían de estar en el mismo estado. Bien, no dormidos, sino desvanecidos, como lo había estado él mismo.

Se acercó al puesto de Hanna, y miró por la ‹ventana›.

—Dios...

Ante él se extendía la más enorme llanura que había visto en su vida, cubierta de césped azul, o lo que fuese que a él le parecía césped. Grandes árboles de hojas rojas, enormes, se divisaban

diseminados sobre el césped. Y eso era todo.

Oyó un suspiro, y se volvió. Clerfe Bentley se había recobrado y estaba mirando el techo. Se acercó a él. Desde el suelo, Bentley se quedó mirándolo como pasmado. De pronto parpadeó, y comenzó a moverse. Jolyon lo ayudó a ponerse en pie.

—¿Se siente bien, Clerfe?

—Sí... Creo que sí, señor. ¿Qué ha pasado?

—No tengo la menor idea. Venga a ver esto.

Lo llevó ante la ‹ventana›. A todo lo ancho y largo del enorme panel de cristal de acero se veía el paisaje verde y rojo bajo la intensa luz dorada. Clerfe Bentley se quedó boquiabierto unos segundos antes de murmurar:

—¿Qué es esto, dónde estamos?

—Tampoco sobre eso tengo la menor idea.

—¿Eso es... césped?

—Se diría, al menos, que es hierba —sonrió Jolyon.

—Pero es azul. Y las hojas de los árboles son rojas.

—Sí. Vea de ayudar a los demás. Yo voy a comprobar que la tripulación de combate está bien.

—Sí, señor... ¡Qué lugar tan... extrañamente hermoso!

Jolyon miró hacia el exterior, y asintió lentamente con la cabeza.

—Sí —murmuró—... Es hermoso.

Salió de la sala de mandos. En primer lugar fue a su cabina, donde encontró a Celeste desvanecida y todavía desnuda. Se encontraba perfectamente, salvo el desvanecimiento que, estaba claro, todos habían experimentado del mismo modo pero con diferente intensidad.

Sonó el leve y musical zumbido, y Jolyon se acercó al sistema de comunicación.

—¿Sí?

Sonó la voz de Wayne Hanna:

—Mi comandante, todos los sistemas energéticos de la nave vuelven a funcionar. ¿Qué hacemos?

—Nada. Wayne, llame a los distintos compartimientos de la tripulación para asegurarse de que los hombres están bien.

—Enseguida, señor.

—Mi comandante —sonó la voz del jefe de armas—, soy

Rawlings. En los controles subsiste la orden de alarma y disposición para combate de las Secciones Uno y Dos. ¿Se mantiene la orden?

—No. Desconecte, Rawlings.

—Bueno, señor, sea cual sea el lugar en el que estemos...

—Desconecte.

—Sí, señor. Secciones Una y Dos desconectadas, señor.

—No hagan absolutamente nada. Y esta orden va para todos los ocupantes de la nave: inactividad absoluta.

—Señor —se oyó la voz del jefe de radio—: ¿intento comunicación ahora que...?

—Slim, he dicho que nadie haga nada.

—Sí, señor. Lo siento, señor.

Jolyon volvió a sentarse junto a Celeste Colb, que despertó un par de minutos más tarde. Se quedó mirando a Jolyon, que se inclinaba sobre ella.

—¿Qué tal? —le sonrió—. ¿Cómo te sientes?

—Bien..., creo. ¿Qué ha ocurrido? —murmuró ella.

—No lo sé. Fuimos... tragados por un punto luminoso.

—¿Por un qué?

—Vístete. Dentro de diez minutos quiero que todos los ocupantes de la nave estén en la sala de mandos.

Las órdenes de Jolyon Sanderfer fueron cumplidas.

Diez minutos más tarde todo el personal de la nave estaba en la sala de mandos. Celeste Colb; el capitán Bentley; el sargento Hillel Monaway, al mando de los veinte soldados espaciales; Wayne Hanna y su ayudante, Wilbur Chambers, ambos ante las consolas de navegación; Alger Cowan, el analista de la computadora para informaciones del exterior; Slim Watkins, ante el sistema de radio, y, junto a él, Elbert Ware, jefe del servicio de Radioanálisis; Rowena Donovan, la astrofísica; y Quinton Rawlings, el jefe de armas de la nave.

El que estaba trabajando en aquel momento ante su computadora era Alger Cowan, que finalmente, tras obtener los resultados a sus sondeos, se volvió hacia Jolyon y murmuró:

—Se diría, señor, que estamos en la Tierra.

—No diga tonterías, Alger.

—Bueno, lo que he querido decir es que tenemos ahí afuera condiciones de vida poco menos que idénticas a las de la Tierra.

Hay vida vegetal, agua, aire... Podemos salir sin escafandras, sin cuidado alguno.

—De acuerdo. Pero... ¿dónde estamos?

—Bueno...

—Vamos, Alger.

—Verá, señor... La computadora niega la... existencia de este lugar.

—¿Qué tonterías está diciendo? —exclamó Jolyon—. ¿Cómo demonios va a negar la computadora la existencia de un lugar en el cual estamos?

—Es todo cuanto puedo decirle, señor.

Jolyon frunció el ceño. Una vez más se acercó a la ‹ventana›. La matización de la luz había cambiado, pero esto podía comprenderlo perfectamente. El sol que había visto antes se estaba poniendo, pero, simultáneamente, otro sol aparecía en un espacio azul de una pureza y belleza como jamás había visto. Mas no era esto todo: en el cénit, otro sol relucía con dorada intensidad. Tres soles. Lo que podía significar que en aquel lugar jamás era de noche.

—Watkins, vamos a enviar un mensaje más.

—Preparado, señor.

—Texto: les habla el comandante de la nave terrestre USA-ASC-097, en misión de búsqueda de señales de radio por el espacio...

—¡Mi comandante! —exclamó Watkins—. ¡Está llegando un mensaje escrito a la pantalla!

Jolyon se acercó vivamente al puesto de Watkins.

Frente a éste la pantalla de recepción estaba emitiendo su característica musiquilla de recepción. Y en la pantalla, en perfecto inglés, iban apareciendo las palabras:

A comandante Jolyon Sanderfer de la nave terrestre USA-ASC-097: recibimos sus anteriores mensajes, que fueron bien acogidos por nuestra Dirección. Están ustedes en el planeta Urrh, en la Galaxia de la Luz. Sean bienvenidos si su misión es de paz. Pueden desembarcar cuando gusten.

Saludos de la Dirección de Urrh.

Fin del mensaje. Durante unos segundos reinó el silencio. Las miradas de todos estaban fijas en las pantallas. De pronto, Elbert Ware masculló:

—Esto es absurdo. ¡Un mensaje en inglés en un planeta cuya existencia niega la computadora! ¡En inglés!

—La computadora de usted está preparada para la traducción inmediata, ¿no es así? —deslizó Jolyon.

—No ha habido traducción. ¡Han enviado el mensaje en nuestro idioma!

—Alger —preguntó Jolyon—: ¿qué dice su computadora sobre el planeta Urrh?

—Que no existe, señor —gruñó Alger Cowan.

—¿Y sobre la Galaxia de la Luz?

Por toda respuesta, Alger Cowan soltó un terrible gruñido. Jolyon Sanderfer asintió.

—Muy bien. Todos nuestros aparatos pueden decir lo que quieran, pero yo estoy viendo un lugar hermoso, con hierba azul, árboles rojos y tres soles. ¿Estoy sufriendo una alucinación y lo veo yo solo o lo estamos viendo todos? Lo estamos viendo todos, ¿verdad. Por lo tanto, este lugar existe. ¡Sargento!

—¡Señor! —se plantó ante él Hillel Monaway.

—Diez hombres, usted y yo vamos a salir. Preparen armamento de disuasión por si...

En la pantalla comenzó a sonar la musiquilla que indicaba la llegada de otro mensaje; todas las miradas se volvieron hacia ella.

El mensaje era el siguiente:

A comandante Jolyon Sanderfer de la nave terrestre USA-ASC-097: rogamos a usted la renuncia absoluta a la utilización de cualquier clase de armas. Han sido recibidos en paz y con agrado en Urrh, donde no existe nada que pueda ser definido por ustedes como armas. Le suplicamos una actitud acorde con su mensaje de paz. Gracias.

Todas las miradas regresaron al comandante de la nave, cuya mirada permanecía fija todavía en la pantalla. Luego, lentamente, Jolyon Sanderfer miró, una vez más, al exterior. ¿Por qué tenía la sensación de que él había estado antes allí? Una sensación muy vaga al principio, y que cada vez iba siendo más y más intensa.

—El personal militar —susurró de pronto— permanecerá en la nave hasta nuevo aviso. Prepárense para desembarcar el personal técnico y científico. Capitán Bentley, quedará usted al mando de la nave durante mi ausencia.

—Sí, señor.

De nuevo sonó la musiquilla de la pantalla, y otro mensaje en inglés directo apareció:

Agradecemos a comandante Jolyon Sanderfer la demostración de sus pacíficas intenciones. Urrh le acoge con el mismo agrado que él siente ya hacia Urrh.

—¡Nos están oyendo! —se alarmó Watkins.

Jolyon contuvo a duras penas un estremecimiento. ¿Oyendo? Estaban haciendo mucho más: estaban leyendo sus pensamientos, germinados en su mente segundos antes mientras la sensación de haber estado allí con anterioridad iba siendo más y más intensa.

—Desembarco dentro de quince minutos —murmuró.

—¿Yo también? —preguntó Celeste Colb.

—Naturalmente.

Quince minutos más tarde era abierta la compuerta inferior de la nave, y Jolyon Sanderfer fue el primero en desembarcar. Cuando su ligero calzado aislante tocó el suelo una sensación esponjosa y fresca pareció penetrar el material y empapar sus pies. Se inclinó, y sus dedos arrancaron unas briznas de hierba, fresca y tierna. Azul sin la menor duda. Una sensación agradable se extendió desde su mano al brazo, y pareció circular rápidamente por todo su cuerpo.

El aire era diáfano, de una pureza tal que parecía aligerar los pulmones. Dio cuatro o cinco pasos, y comprobó que la gravitación era poco menos que idéntica a la de la Tierra. Ante él, la inmensa llanura azul salpicada de árboles de rojas hojas le pareció un lecho enorme y acogedor. Ahora sólo había dos soles en el cielo. La luz era de una dorada transparencia jamás vista. No hacía ni frío ni calor. No había el menor vestigio de viento. Ni un ave en el cielo. El silencio era puro, no como el de la Tierra, que parece crear un rumor interior en el sistema auditivo. Simplemente, era silencio.

—Jolyon —llamó Celeste—: ¿podemos salir?

—Sí —se volvió Jolyon sonriendo—... Sí, salgan todos. No se preocupen por nada.

Celeste llegó junto a él y se tomó de su mano. Un poco más atrás, Rowena Donovan miró con hostilidad el gesto de la capitán médico de la nave.

—Qué lugar tan extraordinario —murmuró Elbert Ware—... Se diría que el suelo es tierno.

—Es sólo tierra —sonrió de nuevo Jolyon.

—¿Tierra?

—Tierra. De todos modos, más tarde la doctora en Astrofísica Donovan será tan amable de proceder a unos análisis. ¿De acuerdo, Rowena?

—Sí —murmuró ésta.

—No se ve nada más que hierba y árboles —dijo Rawlings—... Ni un ave, ni un animal, ni montañas... No hay ni una sola nube. No se oye nada.

—A lo mejor —insistió Alger Cowan, en tono humorístico— es porque estamos en un lugar que no existe.

—Siempre ha existido —dijo Jolyon.

—¿Qué quiere decir?

Jolyon Senderfer estaba ya arrepentido de haber dicho aquello. ¿Qué había querido decir? Pues, simplemente, lo que había sentido en su interior.

—Bueno —mintió—, quiero decir que podemos suponer que, como la Tierra, este lugar tiene muchos millones de años. Veremos qué dicen los análisis de la doctora Donovan.

—Muy bien —dijo Elbert Ware—: ¿qué hacemos ahora?

—Demos un paseo —propuso Jolyon.

Se quedaron todos mirándolo estupefactos. Jolyon volvió a sonreír, y tiró de la mano de Celeste Colb, que le siguió todavía pasmada. Se acercaron a uno de los árboles de hojas rojas, y entonces vieron los pequeños frutos. Jolyon se estiró, y desprendió uno. Celeste se quedó mirándolo con cierta prevención.

—Parece un tomate—susurró—... ¡No se te ocurra probarlo!

Jolyon miraba amablemente a Celeste. Alzó el fruto y lo mordió. Era denso, fresco y sabroso. En su interior había semillas azules.

—¡Jolyon! —se alarmó Celeste.

El comandante de la nave arrancó otro fruto, y se lo tendió a la hermosa jefe médico de la nave.

—Te gustará —aseguró, riendo—. Aunque desde luego no son tomates.

—¡No pienso comer semejante cosa!

—Tú te lo pierdes —rió Jolyon.

En la distancia apareció de pronto algo, flotando, reflejando la luz de los dos soles. En un instante, estuvo a menos de cien metros

de ellos, y se detuvo. Era, evidentemente, una nave, que quedó suspendida un instante sobre la hierba. Luego, se posó en ésta. Su tamaño era de unos treinta metros de largo y diez de ancho, con una altura de cuatro o cinco. No se veía visor alguno, ni junturas. Una compuerta bajó hacia la hierba, y quedó convertida en rampa de salida.

Casi enseguida apareció el primer ser.

De momento todo lo que vieron fue su estatura impresionante, de más de dos metros, y su indumentaria, que consistía en lo que parecía una simple túnica blanca, hasta los pies. Pero con todo, lo que más destacaba era la cabeza, considerablemente más grande que la de los terrestres y de forma de pera, con la parte más estrecha hacia abajo, hacia la barbilla.

A medida que se iba acercando se podían apreciar mejor los detalles. Sí, debía de medir no menos de dos metros, vestía una túnica, y su cabeza tenía forma de pera. La frente era enorme, ocupaba más de la mitad de la cabeza. No había en ésta ni un solo cabello, ni cejas, ni pestañas, pese a lo cual, los grandes ojos azules soportaban sin un solo parpadeo la intensa luz bisolar. La nariz era pequeña y perfecta. La boca, casi la mitad de pequeña que la de los terrestres. No tenía orejas, sino, a ambos lados de la cabeza, unos pequeños orificios sonrosados..

Pero en conjunto, su aspecto general no podía ser más parecido al de los petrificados terráqueos. Y en cuanto a su cuerpo, salvo la diferencia de tamaño y la ausencia total de vello, era poco menos que idéntico.

Los azules y hermosos ojos se posaron plácidamente sobre Jolyon Sanderfer cuando la distancia entre éste y el ser fue de unos cinco metros.

—Gracias por su bondad, comandante Sanderfer —dijo en un inglés nitido el ser, moviendo apenas su pequeña boca—. Puesto que debo adaptarme a sus sistemas de expresión y nomenclaturas, permítame presentarme: soy Vitanio, hijo de Venemon, Rey de Urrh. En su nombre, en el mío propio, y en el de todos los urrh, les doy a todos ustedes nuestra más cariñosa bienvenida.

CAPÍTULO III

Jolyon Sanderfer reaccionó, al fin, acercándose un par de pasos más a Vitanio, dejando atrás a la impresionada Celeste Colb.

—Agradezco el recibimiento —dijo Jolyon—, y reitero mis intenciones de paz, Vitanio.

—Muy agradecido. Ante todo, pedirles disculpas por el modo en que los hemos atraído a Urrh.

—No importa —sonrió Jolyon—. Hace años que en la Tierra estamos recibiendo señales de radio, y buscábamos su origen. ¿Son de ustedes?

—No. Y es más: si en nuestra galaxia no se hubiera producido el agujero que ustedes identificaron como un punto luminoso en el espacio, este contacto jamás se habría producido.

—Tarde o temprano, puesto que Urrh estaba en nuestra ruta, lo habríamos visto, ¿no?

—No. Muchas otras naves, de ustedes y de otros mundos, han pasado por la Galaxia de la Luz sin verla.

—Eso es imposible, puesto que ustedes ocupan un lugar en el espacio.

—Quizá más adelante pueda usted comprenderlo. Pero de momento sólo puedo decirle que la Galaxia de la Luz forma una esfera oscura por el exterior y dentro de la cual está nuestro sistema planetario, del cual Urrh es el centro. Un billón de veces habrían pasado ustedes cerca de Urrh, y no lo habrían visto. Así ha sucedido hasta ahora..., y así seguirá sucediendo en el futuro.

Jolyon hizo un gesto de aceptación, y su mirada se desplazó hacia la nave recién aparecida, desde la cual iban llegando más seres como Vitanio, caminando pausadamente. Muy pronto se dio cuenta Jolyon de que, como en la Tierra, había en Urrh machos y hembras; éstas se parecían extraordinariamente a las mujeres

terrestres, salvo en su estatura y forma de la cabeza, idéntica a la de Vitanio... Pero había una expresión todavía más dulce y bondadosa en los rostros femeninos, y los ojos eran aún más grandes y bellos.

Y entonces, de entre todos aquellos seres que se iban acercando, Jolyon Sanderfer destacó a uno de ellos, una hembra tan alta como él, de piel entre blanca y dorada, fina como la seda. Bajo la túnica se moldeaban dulcemente los senos, altos y turgentes, que oscilaban con suavidad firmísima a cada paso, resaltando el pezón. Era un cuerpo tan exquisito el que se ponía en evidencia a cada paso bajo la blanca túnica que Jolyon sintió como si algo estuviese estrujando su corazón. En un instante, todo desapareció de su mente y de sus ojos, salvo la bellísima imagen de la mujer de Urrh, que se detuvo junto a Vitanio, mirando dulcemente a Jolyon.

—Ella es Amandia, mi hermana, que ha sentido grandes deseos de conocerlos a ustedes inmediatamente en su presencia física.

Jolyon no supo qué decir. Miraba fascinado a la muchacha que era hija de un rey. ¡Un rey! Recordó que Vitanio había dicho que se tenían que adaptar a su sistema de nomenclaturas. Pues muy bien, Amandia era una princesa, conforme a los tratamientos de la Tierra.

—¿No se le ocurre nada que decir, comandante? —rió Amandia.

—La verdad es que no.

Tenía una voz especial, como Vitanio. Era... más armonía que voz. Sus sonidos eran como música tierna. Sí, tierna.

—Generalmente —dijo Amandia—, nosotros no utilizamos la voz, sino que nos comunicamos telepáticamente. Quizás es por eso que nuestras voces le resultan un tanto extrañas.

—Sus voces son hermosas —murmuró Jolyon—. ¿Ustedes perciben mis pensamientos?

—Así es. Y si nos lo proponemos ustedes percibirán los nuestros. Pero de momento nos parece más conveniente recurrir al sistema oral, caído en desuso en Urrh hace millones de años, pese a lo cual, como usted ve, todavía sigue funcionando aceptablemente bien. No debe preocuparse por el hecho de que percibamos sus pensamientos, comandante. Estamos acostumbrados. Gracias por sentir agrado hacia mí.

Jolyon Sanderfer no sabía qué hacer. Tras él se iban agrupando sus compañeros que habían salido de la nave. Mientras tanto, junto a Vitanio habíanse reunido los demás seres de Urrh salidos a su vez

de la nave de éstos... Vitanio los presentó:

—Ellos son el sabio Relion el... jefe de nuestro gobierno, Sanido¸y el Maestro Anonde. No necesitan ustedes presentarse, puesto que los conocemos a todos. Y también a los demás hombres que se han quedado en la nave.

Jolyon había mirado a uno y otro ser a medida que eran presentados. Parecían de más edad que Vitanio y Amandia, pero no demasiada. Había en los ojos de Relion, Sanido y Anonde aquella misma luz de bondad e inteligencia, casi de indulgencia. En la enorme frente del sabio Relion los huesos comenzaban a marcarse con leves protuberancias. ¿Qué grado de inteligencia alcanzaría un hombre de la Tierra cuyo cerebro fuese del tamaño del de los seres de Urrh?

—Por mucho que se desarrollasen los cerebros de ustedes —dijo Vitanio mirando amablemente a Jolyon— jamás alcanzarían nuestro nivel de inteligencia, comandante. Pero eso no significa nada forzosamente malo: en cada escala vital del universo hay diferentes niveles de inteligencia, y todo se mantiene en equilibrio. Nuestro rey, mi padre, también tiene deseos de verles a ustedes físicamente, por lo que les rogamos acepten nuestra invitación de acompañarnos.

Celeste Colb se tomó de nuevo de una mano de Jolyon, que la miró.

—Jolyon —susurró la muchacha—, tengo miedo.

—Cállate, Celeste.

—¿Sabe usted, doctora Colb —dijo Vitanio—, que el miedo es una de las manifestaciones de los animales inferiores? Los seres que estamos armoniosamente fundidos con el Universo jamás tenemos miedo. Es decir, sólo tenemos miedo de los animales inferiores, pues en su... inferioridad conocen la maldad..., y eso sí nos aterroriza. Es por eso que, aunque sabemos que ustedes conocen la maldad, y tienen pensamientos acordes con ella, me permito rogarles que se limiten a los pensamientos, que sabremos tolerar y perdonar. Pero no realicen acciones de maldad, por favor.

—Para eso tendríamos que saber cuáles son las acciones que ustedes consideran malvadas —dijo Jolyon.

—Lo irán sabiendo. Si alguno de ustedes no desea venir a nuestra residencia puede quedarse, naturalmente, señor Rawlings.

Quinton Rawlings se mordió un instante los labios, antes de replicar.

—Yo prefiero quedarme en la nave.

—Nadie les robaría las armas aunque en la nave no estuviera usted ni los soldados...

—Prefiero quedarme.

—Está en su derecho. ¿Alguien más quiere quedarse?

Jolyon miraba los ojos de Vitanio, que se iban desplazando de uno a otro miembro del grupo terráqueo, sin animosidad alguna. Simplemente, los miraba, a pesar de que debía de saber ya quiénes querrían quedarse y quiénes ir a visitar al rey Venemon.

Solamente Rawlings se quedó. Los demás, con más o menos titubeos y pequeñas manifestaciones de inseguridad y temor, caminaron junto a los urrh hacia la nave en la que éstos habían llegado. Cuando la compuerta-rampa se cerró tras ellos, una luz dorada se encendió en toda la nave.

No se oyó nada, no tuvieron la menor sensación de movimiento o desplazamiento. Pero tan sólo cinco segundos después de haber subido a la nave, Vitanio dijo:

—Estamos sobre Ciudad Urrh. Vengan, podrán verla muy bien.

Entraron en un compartimiento totalmente vacío. El suelo se tornó de pronto transparente, y los terráqueos, tras algunas exclamaciones de sobresalto, quedaron atónitos, observando la blanca ciudad a sus pies, toda ella formada por bajos edificios rodeados de jardines con árboles y plantas de color rojo, azul, verde, naranja, amarillo... Era todo de una belleza indescriptible, tan impresionante que los viajeros de la Tierra permanecieron en silencio. Abajo, la luz bisolar se reflejaba en aguas azules de una tonalidad bellísima. Era como un cuadro pintado por el más fantástico e idealista de los pintores.

Jolyon sintió en su mano el contacto suave de otra mano, y miró a Celeste. Pero no era Celeste quien tomaba su mano, sino Amandia, que le contemplaba dulcemente. Y justo en ese momento Jolyon Sanderfer recibió mentalmente la pregunta:

«¿Realmente crees haber estado aquí antes de ahora?»

«Sí.»

«Me alegro por ti.»

«¿Por qué te alegras?»

«Porque eso es bueno para ti.»

«¿Deseas cosas buenas para mí?»

«Sí.»

«¿Por qué?»

«Porque creo que empiezo a amarte.»

La mente de Jolyon Sanderfer quedó confusa, hubo cruces de pensamientos, de ideas, de dudas. ¿Amarle?

¿Cómo debían de entender el amor en Urrh? Esperó una respuesta mental de Amandia en este sentido, pero no le llegó. Sencillamente, ella había cortado la comunicación... Pero seguía mirándole fijamente, con aquella exquisita dulzura en sus grandes ojos azules. Ojos como los de él: iris, pupila, cristalino... Ojos como los de cualquier terrestre, salvo en el tamaño y en la pureza indescriptible del color azul, de una tonalidad nunca antes vista por Jolyon Sanderfer en la Tierra...

Amandia soltó su mano, por fin. Y Jolyon Sanderfer experimentó una sensación, de desconsuelo que, por un momento, le pareció absurda. Intentando dejar de pensar en cosas relacionadas con Amandia, tocó en un brazo a Vitanio, y le preguntó:

—¿Qué clase de nave es ésta? ¿Militar o civil?

Apareció una sonrisa en los labios del urrh.

—Puesto que mi mente está adaptada a su mente, sé bien lo que quiere, decir ‹militar› y ‹civil›, así que puedo contestarle a su satisfacción: aquí, en Urrh, no tenemos nada militar, no existen los soldados, ni la Policía, ni armas ni aparatos militares de ninguna clase. Y no estoy mintiendo.

—Perdone —se turbó levemente Jolyon—. No lo he pensado de un modo consciente u ofensivo. Es sólo que me resulta increíble.

—Lo comprendo. Pero es cierto. ¿Le gusta Ciudad Urrh?

—Sí, mucho. Es hermosa... y extraña. Bueno...

—No demasiado extraña para usted, ¿verdad?

Jolyon Sanderfer no contestó. Se esforzó en no pensar, pero no podía evitarlo. Pensó que, seguramente, la nave que él mandaba hacía ya tiempo que había sido detectada por los de Urrh, y que bien podría ser que estos extraños seres que parecían todo bondad hubiesen enviado mensajes mentales de información que él, y al parecer sólo él, había captado, y que era por esto que experimentaba aquellas sensaciones de conocimiento de algunas

cosas del planeta Urrh.

Miró de nuevo a Vitanio, pero éste no le miraba ahora a él, si bien había en su diminuta boca de perfecto dibujo una sonrisa que parecía entre burlona e indulgente.

La nave urrh dio otra vuelta más sobre Ciudad Urrh, y luego se alejó un poco, flotando siempre lentamente, sin el menor sonido. El suelo transparente fue cubierto, dejaron de ver la hermosa y sorprendente ciudad.

—Llegaremos enseguida a la residencia de mi padre—dijo Vitanio.

Poco después, sin que hubiesen percibido la detención de la nave, la compuerta-rampa de ésta se abrió.

Ya sin salir de la nave los terrestres lanzaron exclamaciones de sorpresa al ver parte del maravilloso jardín en el que estaban representados todos los colores conocidos, y algunos cuyo matiz jamás habían visto.

Cuando salieron, vieron árboles de gran altura, todos bellísimos, y miles de arbustos de flores de todos los tamaños y colores, y cuyo aroma era agradablemente suave. Aguas azules, refulgentes a la luz bisolar, discurrían por hermosos canales de roca viva; había surtidores y fuentes, cuyas aguas creaban un rumor que parecía pura música.

—Jolyon —le tiró de una mano Celeste—: no hay pájaros. Y es extraño, en un jardín tan hermoso.

Vitanio la miró.

—No, no hay pájaros, doctora Colb. No hay en todo el planeta Urrh ni un solo ser animal. Solamente seres humanos.

—¿Seres humanos? —intervino vivamente Rowena Donovan—. ¿Son ustedes humanos… como nosotros?

—No exactamente —rió Vitanio—. Lo somos en líneas generales, si bien sabemos que hay ciertas diferencias entre los seres de la Tierra y de Urrh. De todos modos… ¿cómo nos definiría usted sino como seres humanos?

—Bueno… Sí, claro… ¿Los demás planetas de la Galaxia de la Luz también están habitados?

—Sólo unos pocos, y muy escasamente. Hace ya mucho tiempo que la Vida y la Felicidad se reunieron en Urrh. Los demas planetas fueron destinados a reserva, por si alguna vez ocurriese algo terrible

en Urrh.

—¿Terrible? ¿Que cosa, por ejemplo? —preguntó Elbert Ware.

—En el universo, señor Ware, pueden ocurrir siempre muchas cosas que a los seres humanos nos parecen terribles como tales seres humanos, si bien nosotros, los urrh, ya las hemos aceptado, porque sabemos que formamos parte inseparable del universo.

Elbert Ware se quedó mirando fijamente a Vitanio.

—¿Está seguro de que no son ustedes quienes han estado enviando mensajes de radio hacia la Tierra?

—Sí, estoy seguro.

—Quizás algunas señales escaparon por ese agujero que usted mencionó.

—No. Nunca hacia la Tierra. ¡Nunca!

—¿Por qué no?

Vitanio apretó los labios por un instante y pareció que su pequeña boca desaparecía. Luego sin contestar, señaló hacia la construcción de impoluta blancura que había en el centro de los bellos jardines. Una construcción de sólo dos pisos, grande, pero ni mucho menos con aspecto palaciego, como podía esperarse que fuera la residencia de un rey. De simple piedra blanca, podía parecer una quinta de cualquier lugar de la Tierra, pero más hermosa, de línea sin aristas agudas.

Entraron en la residencia, en cuya planta baja no había más que salas amplias, frescas, adornadas con plantas rojas y amarillas, pero sin flores.

En una de estas salas estaba esperando Venemon, Rey de los urrh, acompañado de hombres y mujeres de este planeta, casi todos sentados sobre blancos bloques de piedra. Mientras se acercaban a Venemon los terrestres fueron mirando a los demás urrh, especialmente a las mujeres, cuya belleza era extraordinaria, hasta el punto de que si las proporciones de su cabeza y rostro hubieran sido las de las mujeres terrestres habrían sido mucho más bellas que éstas. ¡Pero aquellas frentes tan enormes...!

Un urrh, cuya edad sí era visiblemente más avanzada que la de la mayoría de los presentes, se puso en pie cuando Jolyon y el resto de los terrestres se detuvo ante él a una seña de Vitanio.

—Sean bien venidos a Urrh —dijo en aquel inglés sorprendentemente nítido y perfecto—. Todos los seres del universo

que vengan a Urrh con paz y amor serán siempre bien recibidos.

—Gracias —murmuró Jolyon—. Nosotros venimos en son de paz, rey Venemon. Estamos viajando por el espacio, muy lejos de la Tierra, buscando unas señales de radio que...

—Lo sé. No son nuestras, comandante Sanderfer. Con la sinceridad de todos los urrh, le diré que no hemos deseado jamás contactar con los seres del planeta Tierra.

—Muy bien —admitió un tanto fríamente Jolyon—. Sin embargo, nosotros fuimos atraídos hacia aquí, no hemos llegado a Urrh por nuestra voluntad. ¿Puede explicarme eso?

—Al producirse un agujero en nuestra cobertura, ustedes vieron una posible entrada a la Galaxia de la Luz, y sabemos que habrían querido entrar por su voluntad. Así que preferimos traerles, ahorrándoles consumo de energía, tiempo y, quizás, una actitud que no habría sido de nuestro agrado inicialmente. De este modo, la situación ha sido controlada en todo momento por nosotros, y esperamos haberles convencido de que no les deseamos mal alguno.

—¿Cómo podrían habernos hecho mal alguno... si carecen de cualquier clase de armas, de soldados, de Policía...?

—Hay muchos modos de hacer el mal, comandante Sanderfer. Y le aseguro a usted que el mal que puedan hacer sus armas es infinitamente inferior a esos otros modos de hacer el mal. No obstante, esperamos que su breve estancia aquí será agradable para todos...

—¿Breve estancia? —murmuró Jolyon.

—En cuanto el agujero haya sido reparado, ustedes serán colocados de nuevo en el espacio exterior, y podrán seguir buscando esas señales de radio ajenas a nosotros. Y una vez fuera de la Galaxia de la Luz será inútil que la busquen, pues jamás la encontrarían. Podrán viajar a través de ella, pero no la verán.

—¿Es eso posible, Rowena? —miró Jolyon a la astrofísica.

—Quizá —murmuró Rowena—, si aceptamos la existencia de mundos en planos diferentes. Pero si viajamos por la Galaxia de la Luz no estaremos en un plano diferente a ésta, sino en el mismo plano. En ese caso, será imposible que dejemos de detectar y ver los planetas y los tres soles.

—Sus conocimientos de astrofísica —dijo amablemente Venemon— son infantiles, doctora Donovan.

—Quizá podría ampliarlos durante mi permanencia en Urrh…

—No. De ninguna manera contribuiremos los urrh al adelanto científico de los seres de la Tierra. No les enseñaremos nada. Pero sí deseamos ser unos anfitriones correctos y hasta amables. Hasta el momento de su partida considérense en libertad de hacer lo que gusten en Urrh. Pueden residir en este lugar, o en las llanuras, o simplemente en su nave. Pueden ir y venir por donde gusten, hacer todo cuanto deseen que no altere la armonía de nuestro planeta. Mi hijo Vitanio, que siente por ustedes un interés… innecesario, les proporcionará todo cuanto deseen para sus propósitos.

—¿Considera usted que es innecesario sentir interés por nosotros? —pregunto Celeste Colb.

—Por completo innecesario. Y nocivo. Espero que a Vitanio se le pase pronto el capricho, doctora Colb. Mientras tanto, creo que experimentará gran placer permaneciendo en contacto con ustedes y complaciéndoles en todo. Lo único que por mi parte me atrevo a pedirles es que, por favor, no hagan demasiado ruido.

—¿A qué llama usted ruido? —preguntó Slim Watkins.

—A todo lo que sea romper el silencio, señor Watkins.

Éste quedó turbado. Jolyon Sanderfer miraba fijamente al rey Venemon, cuya actitud no podía ser más firme y clara: sería un anfitrión cortés, pero eso era todo lo que podían esperar de él los terráqueos.

—Procuraremos hacer el menor ruido posible —murmuró—. ¿Cuánto tiempo tendremos que permanecer en Urrh?

—Entre diez y doce días terrestres.

—¿Qué podemos hacer durante ese tiempo?

Inmediatamente, Jolyon Sanderfer comprendió que acababa de preguntar una enorme tontería, al ver cómo le miraban los seres de Urrh, incluida Amandia, que permanecía en todo momento cerca de él.

—Vivir, comandante —replicó Venemon—. ¿Le parece poco?

CAPÍTULO IV

—¿Qué habrá querido decir con eso? —se intrigó de nuevo Celeste Colb—. Hagamos lo que hagamos, estamos viviendo, ¿no?

—Bajo nuestro punto de vista, sí —dijo Rowena—, pero quizá no bajo el suyo.

—En ese caso —rió Wilbur Chambers—, tendríamos que enterarnos bien de a qué llaman ellos vivir.

—Yo diría que es muy simple —intervino Jolyon—: vivir significa simplemente vivir.

—¡Pues vaya una aclaración! —exclamó Watkins.

Estaban todos reunidos en uno de los aposentos del piso superior, el destinado a Jolyon, a fin de cambiar impresiones. Desde las ventanas sin cobertura de ninguna clase se veían los jardines, al fondo Ciudad Urrh, y, más allá, la interminable llanura azul en la que destacaban pequeños destellos rojos de los árboles.

—¿Cómo es posible que no haya animales? —se maravilló una vez más Celeste Colb—. Hay aire, hay agua, hay vida vegetal... ¿Cómo es posible que en Urrh solamente esos seres sean la única manifestación de vida? Debería haber... No sé... Aunque fuese gusanos, algún pájaro, peces...

—No hay mares —dijo Jolyon—: sólo ríos.

—¿No hay mares? —exclamó Celeste—. ¿Cómo lo sabes?

Jolyon Sanderfer quedó cortado un instante. ¿Cómo lo sabía? Pues, simplemente, lo sabía. Pero mintió una vez más.

—Vitanio me lo dijo.

—Es como un mundo aséptico —dijo Alger Cowan—. Tan aséptico que tampoco existen cultivos, según parece. De modo que, si no existen sembrados, ni animales..., ¿de qué se alimentan los urrh? ¿Rowena?

—Lo ignoro completamente, Alger.

—Quizá se alimenten del aire —rió Chambers—... ¡Indudablemente, es muy sano! La verdad es que nunca me he sentido mejor.

—Aún es mejor en las montañas —dijo Jolyon—, pero allí hace un poco de frío.

—¿Qué montañas?

—Bueno... Supongo que debe de haber montañas en alguna parte del planeta —mintió una vez más Jolyon, que sabía que había montañas en Urrh.

—Bueno —dijo Elbert Ware—, entiendan lo que entiendan los urrh por vivir, nosotros tenemos que hacer algo, ¿no? Y una de las cosas que creo que deberíamos hacer es vigilar nuestra nave.

—¿Vigilar nuestra nave? —se sorprendió Jolyon—. ¿Por qué?

—¿Por qué? Bueno, comandante, yo no me fío en absoluto de estos seres: hablan demasiado de bondad, paz y amor. Es como si el sol se empeñase en convencernos de que da luz y calor. Ya lo vemos, ¿verdad? Así que si el sol se empeñase en convencerme tan insistentemente de que da luz y calor yo acabaría por pensar que detrás de esa insistencia había algún propósito escondido.

—Sinceramente, pienso como Elbert —dijo Rowena.

—Sí —murmuró Cowan—... Son demasiado buenos. Y esas cabezas me inspiran casi pánico. Sus cerebros son por lo menos de un tamaño y supongo que también de un peso doble que los nuestros. Con un mínimo de lógica, debemos admitir que sus inteligencias están por encima de las nuestras. Y si a algo temo, damas y caballeros, es a una inteligencia superior a la mía.

—Y eso de que no tienen armas, ni soldados, ni Policía —movió la cabeza Wayne Hanna—... No sé, no me gusta, no. Debe de ser mentira. Seguro que tienen soldados y armas escondidos en alguna parte.

—No olvidemos una cosa —rechazó Jolyon—: según Venemon disponen de otros medios para hacer el mal. Aunque nos estamos preocupando por nada, estoy seguro.

—¿Sí? —le miró irritada Rowena Donovan—. Si ellos pueden hacer un mal superior al de nuestras armas me pregunto qué mal puede ser ése. Yo sí estoy preocupada. E insisto en darle la razón a Elbert: deberíamos vigilar nuestra nave, y andar con mucho cuidado... ¡No me gustan los seres de Urrh! ¡No me gusta nada este

planeta!

—Es hermoso —murmuró Jolyon.

—Pero no hay nada que comer —insistió Cowan—, y yo tengo apetito hace mucho rato. Deberíamos ir a la nave a comer algo..., y a poner en guardia a Rawlings y al capitán Bentley, que no se descuiden ni un instante.

La idea fue aprobada por unanimidad..., o casi, ya que Jolyon Sanderfer no parecía tener el menor interés por alimentarse.

—Vayan ustedes a la nave, si quieren. Pero no olviden que yo soy el comandante, y que mi orden sigue en pie: ni una sola arma saldrá de la nave sin mi permiso.

—¿Qué piensas comer tú? —preguntó Celeste—. ¡No me digas que pretendes alimentarte con esos frutos. Jolyon!

—¿Por qué no?

—No haga locuras —dijo Ware—. Venga con nosotros e ingiera nuestros alimentos concentrados. ¡Cualquiera sabe qué efectos pueden producir en su organismo esos frutos!

—No creo que haya nada malo en...

Se calló, mirando hacia la puerta, y todos volvieron la cabeza hacia allí. Un urrh enorme estaba en el umbral mirándoles sosegadamente.

—Si desean alimentarse —dijo suavemente— sean tan amables de seguirme.

—¿Y usted quién es? —gruñó Watkins.

—Soy Turano, jefe de la residencia de Venemon, y encargado, por tanto, entre otras cosas, del vibroluz.

—¿El qué? —ladeó la cabeza Elbert Ware.

—El vibroluz, señor Ware. Es decir, nuestro sistema de alimentación.

—¿Qué sistema, qué alimentos? ¡No hemos visto nada que pueda ser comida, salvo esos frutos rojos!

—Esos frutos rojos —sonrió Turano—, igual que otros muchos de diferentes colores, tamaños, y gustos que hay en Urrh, son sólo caprichos para nuestro paladar, pero como no hay muchos los consumimos en prudente medida. Toda nuestra energía la obtenemos básicamente con el vibroluz.

—Me gustaría saber qué es eso —murmuró Ware.

—Está a la disposición de todos ustedes. ¿Quieren seguirme?

Hubo cambios de miradas entre los seres del planeta Tierra. Luego, al frente de Jolyon Sanderfer, todos siguieron a Turano. Éste los llevó a otra habitación de la misma planta, que había permanecido hasta entonces cerrada, es decir, como tapiada, pues sólo se veía pared frente a Turano cuando éste se detuvo. Pero en el acto, y sin que el urrh hubiese hecho nada, apareció un hueco. Enseguida quedaron levemente cegados por el resplandor bisolar, pues aquella habitación no tenía techo.

—Siéntense, por favor —pidió Turano.

Señaló un largo banco de piedra blanca adosado a una de las paredes. Jolyon fue el primero en sentarse.

Junto a él lo hizo Celeste, al otro lado Rowena, y luego se sentaron todos los demás, dejando en el centro al comandante.

Todos miraban ahora en silencio el aparato que estaba manejando Turano. Su aspecto general era parecido a uno de los grandes focos que años atrás se habían utilizado para la iluminación durante la filmación de películas. Frente a ellos, sin embargo, el aparato no ofrecía una lente, sino algo parecido al objetivo de una cámara de televisión. La lente estaba en la parte superior, y cuando Turano hubo maniobrado con ella la luz del sol incidió de lleno en el cristal, cuya coloración era ligeramente azul.

—No hace falta que estén inmóviles —sonrió Turano—. Pueden comportarse con toda naturalidad..., como si les fuera a tomar una fotografía.

Evidentemente, Turano se sentía divertido, casi regocijado. Se colocó detrás del aparato, que se sostenía sobre una delgada base en cuyo final había un trípode. Apretó un botón, y de lo que parecía el objetivo de una cámara de televisión brotó en el acto un rayo de luz intensa, como sólida, que fue a impactar en silencio en el centro del pecho de Alger Cowan, situado en un extremo de la fila...

Alger Cowan lanzó una ahogada exclamación de sobresalto y se puso en pie. Slim Watkins, que estaba a su lado, también se puso en pie de un salto, lanzando una maldición, y se abalanzó hacia el lugar donde estaban el aparato llamado vibroluz y Turano. De un manotazo, derribó a un lado el vibroluz, y casi simultáneamente su puño derecho fue directo hacia la diminuta barbilla del urrh.

—¡Maldito seas, bicho asqueroso...! —jadeó Watkins, al tiempo que golpeaba.

La barbilla de Turano crujió sonoramente, y el urrh salió despedido violentamente hacia atrás, cayó sentado, y luego de espaldas.

—¡Quieto, Watkins! —ordenó Jolyon, puesto también rápidamente en pie—. ¡Quieto, maldito sea!

—¡Es una trampa! —se revolvió Watkins, desencajado el rostro —. ¡Ese puerco ha pretendido matarnos a todos...!

—¡Venga a sentarse! ¡Es una orden!

Slim Watkins se quedó mirando fijamente, todavía agitado, al jefe de la expedición terrestre, que, viendo su renuencia a obedecer, se acercó a él y lo empujó hacia el asiento, corriendo acto seguido hacia donde había caído Turano, que estaba comenzando a sentarse. Jolyon se acuclilló a su lado, para ayudarle. Enseguida se dio cuenta de que la frágil barbilla del urrh estaba rota debido al tremendo impacto del puño de Watkins.

—Lo siento —murmuró—... Turano, de veras lo siento, y le ruego que comprenda al señor Watkins...

Turano quiso hablar, pero de su diminuta boca no brotó sonido alguno. Sus ojos se posaron en Watkins, pero enseguida se desviaron hacia la entrada al aposento de vibroluz, donde apareció Vitanio. Sin decir palabra, ambos urrh se miraron. Enseguida, ayudado por Joyion, Turano se puso en pie y abandonó el aposento.

—Vitanio —empezó Jolyon—, lo siento...

—Lo sé, comandante. No se preocupe por Turano, que pronto estará perfectamente.

—Pero tiene la barbilla rota...

—No se preocupe por eso, estará bien en cuestión de minutos. Pero sí debe preocuparse usted por la actitud de sus compañeros. Quiero insistir en que no les deseamos mal alguno, y que si así fuese no tenemos necesidad de recurrir a lo que ustedes consideran armas. El vibroluz es simplemente un regenerador de energías vitales...

—¡Y un cuerno! —estalló Watkins—. ¡Iba a eliminarnos a todos!

—Señor Watkins, es usted un hombre demasiado violento. Puede elegir entre regenerarse con el vibroluz o regresar a su nave para ingerir sus alimentos terrestres, pero, por favor, no vuelva a agredir a nadie mientras esté en Urrh. Nos sentiríamos desdichados si tuviéramos que lastimarlo.

—¿Sí? Pues escuche bien esto, príncipe de los infiernos: ¡si vuelve a utilizar esa arma...!

—¡Cállese ya, Watkins! —ordenó Jolyion.

Vitanio se llevó las manos a los pequeños orificios donde estaban sus membranas auditivas, y en su rostro apareció un gesto de dolor.

—Por favor —suplicó de nuevo—, por favor, ya basta. No me obligue a defenderme, señor Watkins. Sus gritos podrían matarme...

—¡No me diga! —estalló Watkins—. ¡Y escuche bien lo que...!

Slim Watkins calló de repente, se quedó mirando con ojos desorbitados a Vitanio, y, de pronto, se llevó las manos a la frente, cayó de rodillas, y seguidamente de bruces, quedando inmóvil. Alger Cowan lo miró un instante, miró a Vitanio de nuevo, y dio un paso hacia él.

—Ignoro lo que...

Sucedió exactamente lo mismo. Cowan se llevó las manos a la frente, y se derrumbó como muerto. Vitanio dio la vuelta y salió del aposento, mientras Jolyon se precipitaba hacia Watkins, y los demás hacia Cowan. Pero sus temores no tenían fundamento. No sólo ambos terráqueos estaban vivos, sino que en cuestión de segundos reaccionaron con normalidad, sentándose, y, acto seguido, poniéndose en pie. Watkins pareció recordar algo de pronto, en su rostro apareció una expresión de terror, y sus manos fueron hacia la frente.

—Dios... —jadeó.

—¿Que le ocurre? —se interesó Celeste—. ¿Se encuentra mal, Watkins?

—No... Ahora, no. No, ya no me duele nada, pero cuando ese ser me miró sentí... como si mi cabeza se partiese en mil pedazos debido al dolor... ¡Un dolor atroz!

—Lo mismo me ha ocurrido a mi —susurró Cowan.

Rowena, pálida, miró a Jolyon.

—¿Te das cuenta de lo que eso significa? —se excitó.

—Dimelo tú, que eres la capitana médica de la expedición — gruñó Jolyon.

—Muy bien. Pues en mi opinión significa que, en efecto, los urrh tienen un poder mental muy superior al nuestro, y que con ese poder mental pueden producirnos un dolor tal que provocaría

incluso la muerte. ¿Me he explicado bien?

—Sí.

—Pero entonces —jadeó Elbert Ware—... ¡esos seres pueden acabar con nosotros en cualquier momento, les bastaría con desearlo mentalmente, y caeríamos muertos!

—Eso creo —casi tartamudeó Celeste Colb.

—Pero eso... eso es siniestro —sollozó Rowena—... ¡Son seres siniestros!

Jolyon iba a replicar, pero quedó con la boca abierta. La cerró, y se volvió hacia la entrada, en la que apareció a los pocos segundos Amandia, seguida por varias mujeres. Entraron en silencio, y todas menos dos fueron a sentarse al banco de piedra blanca. Las dos que no se habían sentado colocaron bien el vibroluz, lo graduaron nuevamente, y lo apuntaron hacia la mujer que ocupaba uno de los extremos de la fila.

—Un momento, por favor —susurró Jolyon.

Se acercó al banco. Amandia y otra mujer se separaron un poco, y Jolyon se sentó entre ambas.

—¡Mi comandante...! —empezó Chambers.

—Cállese —cortó Jolyon.

El rayo de luz que parecía sólida apareció de nuevo, y fue a impactar en el centro del pecho de la mujer de urrh que ocupaba un extremo del asiento; pareció que la barra de luz se hundiera en su pecho, y estuvo asi durante tres segundos. El rayo de luz fue apagado, y apareció de nuevo apuntando a la siguiente mujer. La operación se fue repitiendo sin que sucediera absolutamente nada que los terrestres pudieran captar, comprender o intuir..., salvo precisamente eso, que no sucedía nada.

Amandia miró sonriente a Jolyon cuando el rayo de luz se hundió en el pecho del comandante de la nave USA-ASC-097, y Jolyon le devolvió la sonrisa. Luego, el rayo penetró en el pecho de Amandia, y la operación se fue repitiendo hasta que hubo penetrado en Íos cuerpos de todas las urrh. Las dos que habían manejado el vibroluz fueron a sentarse entonces, mientras las demás abandonaban el aposento, y Amandia llevaba de la mano a Jolyon tras el aparato.

—Nosotros no nos alimentamos, exactamente —dijo con su nítido y musical inglés—, sino que nos regeneramos.

Ocasionalmente, comemos fruta, como una concesión a nuestro organismo carnal; es por eso que todavía conservamos la nariz, para oler, y la boca, para ingerir esos caprichos, así como la mínima expresión de un aparato digestivo. Así seguimos siendo humanos. Sin embargo, nuestro verdadero alimento viene del sol, de la luz solar. El vibroluz absorbe y condensa la luz solar y todas las partículas de energía cósmica, y las inyecta en nuestro cuerpo, regenerando todas las células, absolutamente todas. Lo cual es lógico si tenemos en cuenta que nosotros formamos parte del universo y de toda la enrgía que hay en él. Con esta sesión de vibroluz nuestras energías se mantendrán en su nivel normal durante un mes de vuestro tiempo. Quizá más tiempo en ti, Jolyon, pues tu organismo no está acostumbrado como el nuestro a una regeneración tan rica. Y no sólo eso, sino que todas tus células han sido regeneradas de tal modo que tu desgaste físico durante el próximo año será el que normalmente se habría producido en una semana de tu vida con alimentación normal, de la vuestra. ¿Lo has comprendido?

—Sí —sonrió Jolyon—. ¿Puedo utilizar el vibroluz con tus amigas? ¿O crees que no sabré hacerlo?

—Hasta los niños saben hacerlo en Urrh. Es muy simple: sólo tienes que colocar el aparato de modo que aparezca en el visor la imagen del ser que va a ser alimentado, y oprimir entonces este botón.

—No puede ser más sencillo.

Jolyon Sanderfer apuntó primero hacia una de las mujeres de Urrh y luego hacia la otra, y ambas recibieron en el centro del pecho el rayo de intensa luz. Las dos mujeres abandonaron el aposento, en completo silencio.

—En cuanto a mí —dijo Jolyon, mirando a los demás—, ya no tengo el menor síntoma de apetito.

—Ni lo tendrás durante un mes como mínimo. Y eres más joven ahora.

—Puestas así las cosas... ¿cuántos años terrestres tienes tú, que toda la vida has sido alimentada o regenerada con el vibroluz?

—Preferiría no decirlo.

—Ésta es buena —masculló Elbert Ware—... ¡Hasta en Urrh las mujeres son absurdamente coquetas!

—No se trata de eso, señor Ware —lo miró Amandia—: es que temo asustarles.

—¡No diga tonterías!

—Muy bien. Tengo doce mil años de los de ustedes. Jolyon, ¿te vienes conmigo a dar un paseo? —le tendió la mano Amandia.

—Sí, con gusto —sonrió el comandante.

. Tomó la mano de Amandia, y dio un paso hacia la salida del aposento, pero la hermosísima criatura de Urrh sonrió dulcemente.

—No, por ahí no —dijo, señalando hacia arriba—... Iremos mejor por ahí.

Se elevó.

Simple y sencillamente se elevó, sin brusquedades ni vacilaciones, llevando a Jolyon Sanderfer de la mano..., y Jolyon Sanderfer ascendió con ella, con toda suavidad, hacia el refulgente cielo de las más hermosa tonalidad azul jamás conocida por los seres de la Tierra, en el cual coincidían ahora los tres soles de Urrh, uno en el cénit, otro en el crepúsculo y otro en el ocaso. La atmósfera era fresca, y de una pureza extraordinaria. Jolyon Sanderfer miró hacia abajo, y sonrió al ver los desencajados rostros de sus compañeros, alzados, contemplándolos con expresión de espanto y de incredulidad. Los perdió pronto de vista, porque el vuelo era cada vez mas rápido y a mayor altura.

«¿Adónde vamos?», preguntó Jolyon.

«A ninguna parte especial. Sólo quiero que conozcas mejor nuestro planeta.»

«¿Cómo es posible que esté volando? ¡Ni siquiera tengo alas!»

«No son imprescindibles las alas para volar. Todo lo que se necesita es desear hacerlo.»

«Pero yo no lo he deseado.»

«Pero yo sí, y tú vienes conmigo. Y ahora también estás deseando estar volando.»

«Sí, es verdad. ¿Todos vosotros voláis?»

«Así es. El único que durante mil años no podrá volar es Vitanio, porque ha recurrido al mal, y él mismo se ha castigado por eso.»

«¡Todo lo que hizo fue defenderse! Mis hombres...»

«Lo sé todo, Jolyon. Pero aun así, Vitanio está muy afligido, y se ha retirado a las montañas a meditar sobre su mala acción, con el fin de no repetirla nunca jamás. Ahora está sobre los hielos, en

nuestra reserva de aire puro y aguas azules, adonde jamás vamos, porque hace allí tanto frío que puede causar la muerte por congelación.»

«¡Pero entonces va a morir!»

«No, no morirá. Volverá pronto, y entonces todavía será mejor que antes, más puro y bondadoso. ¡Mira, ahí vienen unos niños!»

Jolyon volvió la cabeza, y vio un grupo de niños de grandes cabezas que se acercaban volando rápidamente hacia ellos, y que los alcanzaron pronto, pues Amandia redujo la velocidad de su vuelo.

«¡Bien hallada, Amandia! ¿Podemos volar con vosotros?»

«Claro que sí, Mantio. Ya conocéis todos al comandante Jolyon Sanderfer, de la nave terrestre, ¿no es cierto?»

«Sí, gracias al estudio de su mente y de sus amigos, que fue proyectado en nuestros hogares, conocemos muchas cosas de la Tierra, y su idioma. ¡Aprendimos muchas cosas extrañas mientras la nave terrestre era atraída hacia Urrh!»

«Pero tenéis que olvidar esas cosas de la Tierra, Mantio. O mejor dicho, no utilizarlas nunca. Recordad siempre que en Urrh nunca querremos contacto con los seres de la Tierra.»

«Lo recordaremos, Amandia. ¿Te parecería bien que fuésemos a ver a Vitanio para consolarlo por su malvada acción?»

«No. Si queréis pasaremos a verlo, pero no le consolaremos, porque eso tiene que hacerlo él solo. ¿Queréis que vayamos a verlo, para que sepa, al menos, que le amamos?»

«¡Sí, Amandia! ¡Todos amamos mucho a Vitanio!»

«Entonces, vamos a verlo.»

Jolyon Sanderfer sonreía mientras en su mente se registraba toda la conversación. Estaba volando y registrando una conversación mental, pero no se sentía extraño en absoluto. Le parecía todo normal.

Hacía fresco allá arriba, pero abajo la inmensa llanura azul sugería un acogedor lecho de calor y ternura. Uno de los soles desapareció, por fin, pero todo siguió siendo hermoso y luminoso en aquel planeta donde no existia la noche.

Las montañas, muy altas, aparecieron poco después. Parecían un hermoso paisaje terrestre, terrible a la vez. No había el menor vestigio de vegetación en ellas, y la tierra, roja y esponjosa, relucía

a la luz bisolar, que se convertía en millones de destellos sobre las nieves azules de los altos picos.

«¿Tienes frío?», preguntó Amandia.

«Sí, bastante. Pero quiero ver a Vitanio.»

«No te dirijas a él, Jolyon. Él no desea que nadie se comunique con él ahora.»

«No me dirigiré a él, si puedo lograrlo. No sé si puedo controlar la dirección o el destinatario de mis pensamientos, Amandia.»

«Podrás si lo deseas.»

Vieron muy pronto a Vitanio, que estaba sentado sobre las azules nieves, completamente desnudo. El frío era espantoso a aquella altura, y Jolyon pensó que se le iban a congelar los pulmones y todo su organismo.

Pero no fue así, y tras pasar volando sobre el afligido Vitanio, todos emprendieron el regreso, surcando el espacio gélido, pero descendiendo cada vez más, hasta que alcanzaron la tibieza de las llanuras. Jolyon Sanderfer vio enormes y hermosos ríos, extensiones interminables de bosques, llanuras infinitas de hierba azul, extensiones de blanca piedra, pequeñas ciudades que parecían jardines y donde los seres de Urrh volaban libremente, felices por hacerlo. Miles de saludos llegaron a Amandia, que iba contestando a todos mientras miraba a Jolyon ofreciéndole la dulce sonrisa de su diminuta boca de labios rojos y delicadamente dibujados.

Jolyon Sanderfer pensó, finalmente, que por supuesto estaba soñando.

Y entonces, justo cuando él pensó esto, oyó la nítida y armoniosa carcajada de Amandia.

CAPÍTULO V

—Pero no es posible —dijo una vez más el capitán Bentley—... ¡No es posible!

—Lo vimos todos, Bentley —gruñó Ware—, no seas tan terco y obtuso, demonios. ¡Se fue volando con ella!

—Pero no "colgado" de su mano —remachó Watkins—, sino volando junto a ella y como ella. Escuche, capitán, no sé exactamente lo que está pasando, pero yo sigo sin confiar en esos seres. Creo...

—Pero ¿cómo demonios habría de poder volar el comandante?

—¡Y dale! ¡Yo qué sé, hombre!

—Quizá fuese debido a los efectos del vibroluz —dijo de pronto Rowena Donovan.

Se quedaron todos mirándola, expectantes. Rowena reflexionaba ahora tan largamente sobre sus propias palabras que Celeste Colb se impacientó y preguntó:

—¿Qué has querido decir exactamente?

—Si la explicación que dio Amandia en inglés para que todos lo entendiéramos, es cierta, hay que admitir que Jolyon fue inyectado de partículas de energía cósmica, en cuyo caso, es posible que pudiera volar, o mejor dicho... ascender suspendido por esas partículas cósmicas cuya tendencia sería... permanecer en el espacio, flotando en la luz solar, en el aire. en todo el... universo.

—¿Es eso posible científicamente? —exclamó Bentley.

—Hasta el momento, según los conocimientos de la Tierra, no. Pero en menos de un siglo los terrestres hemos adquirido unos conocimientos científicos impensables en el siglo diecinueve. Este conocimiento científico de la inyección de partículas cósmicas de energía podría ser simplemente un conocimiento más... al que todavía no hemos llegado en la Tierra.

—¡Demonios! —rió Wilbur Chambers—. ¡La cara que pondrían en casa si me vieran volar!

—Pues yo —dijo Elbert Ware— me imagino qué pasaría si pudiera fabricar en serie el vibroluz. ¡Una andanada de rayos solares, y un mes sin comer, y cada vez más joven..., y volando!

—¿Y si estuviéramos todos bajo una... hipnosis colectiva? —sugirió Celeste Colb—. En ese caso, estaríamos viendo y oyendo cosas que no son realidad. A mí me preocupa mucho lo de Jolyon. Parece como si esa Amandia lo tuviese... embrujado.

—¡Vamos, Celeste! —exclamó Rowena—. ¡Lo que tú tienes son celos, simplemente!

—No —rechazó irritada Celeste—. Tú eres quien has estado teniendo simples celos de mí, Rowena, porque Jolyon me ha preferido. Yo estoy hablando de otra cosa... ¿Qué pasaría, que sería de todos nosotros si esa princesa urrh tuviese a Jolyon sometido a su voluntad? Él es el comandante de la nave, el jefe de la expedición. ¿Qué pasaría?

—Podría ser catastrófico para los demás —murmuró Bentley.

—Sí —admitió Cowan—... Resultaría que las órdenes que nos diera el comandante no provendrían en realidad de su voluntad, sino de la de la princesa, la cual, naturalmente, seguiría instrucciones de su padre o de su hermano.

—Yo he observado... reacciones raras en Jolyon —dijo Celeste —. Siento decirlo, pero así ha sido. ¡Y no son los celos los que me impulsan a decir esto! No sé, siento... como un... hálito de maldad a mi alrededor, sé que estoy rodeada de seres malvados. ¡Lo sé!

—La misma impresión tengo yo —asintió Ware.

—¿En qué son malvados? —arguyó Rowena—. Vitanio se defendió del ataque que iba a recibir, eso es cierto, ¿no? En cuanto a los demás, no nos han hecho nada malo. Al contrario, nos lo han facilitado todo. Incluso nos han proporcionado cuatro naves pequeñas para nuestros desplazamientos por el planeta. Si ahora estamos aquí, poco menos que conspirando en el interior de nuestra nave, es porque queremos. Tenemos las armas, nuestros alimentos, nuestra nave, las naves de ellos...

—Pero no tenemos a nuestro comandante —cortó el sargento Hillel Monaway.

—Lo tiene la princesa Amandia —deslizó Celeste—... ¡Y eso es lo

que no me gusta!

—E1 capitán Bentley está capacitado para tomar el mando en todos los sentidos, ¿no es así? —dijo Cowan—. Yo también me siento... como rodeado de seres malvados, es una sensación que no puedo controlar. Todo lo que están haciendo esos seres de Urrh es bondadoso, aparentemente, pero... No sé. ¡Sé que estoy rodeado de seres malvados, lo sé!

—Yo propongo —intervino Rawlings— que en cuanto regrese el comandante Sanderfer le expongamos nuestro criterio y le pidamos que tome el mando de la nave para marcharnos de Urrh.

—Deberíamos llevarnos un vibroluz —dijo hoscamente Elbert Ware—. ¡Y no pienso solamente en ganancias personales! ¿Os imagináis lo que significaría para Estados Unidos la posesión de un aparato como ése? Definitivamente, nuestro país sería el regente del planeta Tierra. Un aparato como ése podría fabricarse en serie, y tendríamos así resuelta la cuestión de los alimentos para siempre jamás. ¡Creo que deberíamos...!

—Caballeros —interrumpió el capitán Bentley—, yo apoyo la petición del señor Rawlings: esperemos a que venga el comandante, digámosle lo que todos pensamos y deseamos, y veamos qué decide él.

* * *

—No —rechazó el comandante Sanderfer—. No nos iremos todavía.

—¿Por qué no? —gruñó Watkins.

—Porque nuestros anfitriones así nos lo han pedido. Permaneceremos en Urrh hasta que ellos hayan reparado ese... agujero en la capa exterior de la Galaxia de la Luz.

—¿Y si cuando remienden ese agujero ya no podemos salir de ninguna manera? Entramos porque estaba el agujero. Si lo tapan... ¿podremos salir?

Hubo un murmullo de aprobación a las palabras pronunciadas por Elbert Ware. Jolyon Sanderfer negó de nuevo.

—Nos quedaremos.

—¿Por qué hemos de quedarnos? —se encrespó Celeste—. ¿Sólo porque tú lo estás... pasando bien con la princesa voladora?

—No ha sucedido nada de lo que piensas, Celeste.

—¡Oh, vaya, no soy ninguna niña boba, Jolyon!

—Pues yo creo que sí —sonrió el comandante.

—Puede que sea una boba —intervino Rowena—, pero no hace mucho no la consideraba una niña, todos lo sabemos.

El rostro de Celeste Colb se volvió hacia Rowena, encendido de ira.

—¡Escucha, envidiosa...!

—No —cortó Jolyon—. Escúchenme todos a mí: soy el comandante de la nave, he sido capacitado en el American Spatial Center pasa asumir cualquier responsabilidad en cualquier situación, y eso es lo que estoy haciendo. Así pues, éstas son mis órdenes inapelables: nos quedaremos en Urrh hasta que el rey Venemon nos pida que nos marchemos. Esto es todo. ¿Alguna duda?

La firmeza y claridad de exposición de las órdenes no admitían duda alguna, así que todos permanecieron en silencio. Hasta que por fin Celeste musitó:

—No creas que siempre vas a encontrarme, Jolyon.

—Eso es cosa tuya. Y te agradeceré que no incluyas nunca más este asunto de índole personal en las conversaciones oficiales, Celeste. Ahora, otra cosa: tengo una invitación del rey Venemon para todos nosotros.

—¿Qué clase de invitación? —se interesó Rowena.

—Un programa de televisión.

—¿Qué? —se pasmó Hanna.

—Un viejísimo programa de televisión que según Venemon será de gran interés para nosotros. Pero no ahora. Aunque aquí siempre sea de día, todos ustedes están cansados, de modo que descansen unas horas. Les avisaré oportunamente.

—¿Usted no está cansado, señor? —se interesó el sargento Monaway.

—En absoluto, sargento. Adivine por qué.

—¿Debido al vibroluz, quizá?

—Sin quizá. Descansen todos.

—Muy bien, señor. Dispondré un turno de vigilancia para...

—Eso es del todo innecesario. He dicho que descansen todos. Y dejen abierta la compuerta de acceso a la nave, por si yo tuviera que volver por aquí en busca de algo. Hasta luego.

Jolyon Sanderfer abandonó la sala donde se había celebrado la reunión, dejando tras él un denso silencio.

—No me gusta esto —dijo de pronto Elbert Ware.

—Ni a mí tampoco —musitó el capitán Bentley—. Quiere que no haya vigilancia, que dejemos expedita la entrada a la nave, que durmamos todos... ¡No, no me gusta!

—En realidad —frunció el ceño Albert Cowan—, si esos seres de Urrh quisieran hacernos daño podrían haberlo conseguido ya muy fácilmente. Y hablo por experiencia. Creo que si el dolor que sentí en la cabeza hubiera sido mas fuerte habría muerto. Y evidentemente, pueden provocarnos ese dolor siempre que quieran y con toda facilidad. Sin embargo..., a mí tampoco me gusta esto, presiento... algo horrible a mi alrededor. Algo... malvado.

—Yo tengo la certeza —dijo Watkins— de que aunque vuelen esos seres no son precisamente ángeles. ¡Y no me gusta la idea de quedarme dormido dejando abierta la compuerta de la nave!

—Sargento —dijo Bentley—: disponga un turno de vigilancia.

—Pero, señor, el comandante...

—El comandante Sanderfer, a quien hasta ahora he respetado e incluso admirado, no está actuando conforme conviene a la seguridad de la expedición, sargento..., y creo que todos estamos de acuerdo en eso.

Todos apoyaron la decisión del capitán Bentley. Así pues, se dispuso un turno de soldados de vigilancia y la compuerta de la nave USA-ASC-097 fue cerrada, en contra de las órdenes de su comandante.

* * *

Tras el vuelo, Jolyon Sanderfer se posó en la terraza de la residencia real donde le estaba esperando Amandia, que le sonrió dulcemente.

«Has aprendido muy pronto a volar solo, Jolyon», susurró.

«Es fácil: basta desearlo.»

Rieron los dos. Pero dejaron de reír enseguida, y se quedaron mirándose fijamente. Amandia era de la misma estatura que Jolyon, así que cuando éste la abrazó y la atrajo sus bocas quedaron al mismo nivel. Jolyon sólo tuvo que acercar su rostro al de Amandia para que ambas bocas se juntaran.

Fue un beso largo y profundo, que a Jolyon Sanderfer le pareció como impregnado de miel. La pequeña boca de Amandia se hundía en la suya ansiosamente, y, bajo el leve tejido de la túnica, Jolyon

percibió el endurecimiento de los senos de la muchacha…, cuya edad terrestre era de doce mil años. Las manos de Jolyon se deslizaron cuerpo arriba, abandonando la cintura de Amandia, introduciéndolas entre ambos cuerpos hasta que presionaron los palpitantes senos.

Ella retiró su boca lentamente y suspiró.

«Amandia»

«Jolyon —le miró fijamente ella—: ¿de verdad no sientes… algo así como repulsión hacia mí? Con esta cabeza…»

«¿Qué te dicen mis pensamientos?»

Ella le besó, apretándose cálidamente contra él, y Jolyon Sanderfer experimentó una poderosa erección. Se dio cuenta de que Amandia lo percibía, y por un instante temió la reacción de ella. Pero la princesa urrh continuó abrazada a él apasionadamente durante otro largo beso, que finalmente deshizo con otro suspiro.

«Jolyon, tus compañeros han colocado vigilancia y han cerrado la nave.»

«¡Les dije que no lo hicieran! Voy ahora mismo a…»

«No, déjalo. Ha sucedido algo maravilloso para mí, algo que he estado esperando mucho tiempo, mucho, muchísimo tiempo… Ven.»

Ella le tomó de la mano, y tiró de él, abandonando ambos la terraza hacia el interior del aposento de Amandia, la cual se despojó de la túnica con un gesto lento y suave. Jolyon Sanderfer quedó fascinado por la belleza de aquel cuerpo blanco, como marmóreo. Pero no frío, de lo que se convenció cuando puso sus manos sobre los endurecidos pechos de la urrh, cuyos grandes pezones de color rosa le ofrecieron una insólita ternura.

La mirada de Jolyon descendió un instante hacia el sexo sin vello de la princesa, y ésta sonrió.

«Por fin ha llegado —dijo—: es para ti, puesto que tú lo has traído.»

Jolyon Sanderfer no entendió esto, quizá porque su mente estaba ofuscada por las ansias de amor que estaba experimentando. Besó de nuevo la boquita rosada de Amandia, y ésta se abrazó a él fuertemente. Durante el beso, Jolyon se dio cuenta de que ambos flotaban, y que su posición iba cambiando, hasta la completa horizontal.

«Ha llegado el momento. Jolyon.»

Suspendidos ambos, Amandia recibió entre sus prietos y cálidos muslos al hombre de la Tierra, que no esperó más. Su virilidad buscó, encontró y recorrió el camino hasta el final. Y en este final, sintió que explotaba de placer y de dicha, y supo que Amandia de rrh le acompañaba gozosamente y en plena entrega.

En el azul firmamento del planeta Urrh, los tres soles seguían apareciendo y desapareciendo, sin permitir que la oscuridad hiciera acto de presencia en ningún momento.

Y del mismo modo que en todo momento había luz, hubo placer y dicha en los cuerpos y los corazones de Amandia de Urrh y Jolyon de la Tierra. Y así sol tras sol, hasta que Amandia envió su pensamiento:

«Mi padre lo tiene todo dispuesto para ofreceros el programa de televisión, Jolyon.»

«Quisiera quedarme toda la vida aquí y así contigo. Sólo una vez más, Amandia, e iremos con tu padre.»

«Sí, Jolyon. Siempre que tú quieras, siempre..., porque yo también lo deseo y lo desearé siempre.»

* * *

—Siempre te deseé, desde el primer momento en que te vi, cuando nos reunieron a todos —dijo Clerfe Bentley—. Pero tú sólo te fijaste en el comandante...

—Fui una tonta —rió Celeste Colb—... ¡Pero éste es un asunto que ya está arreglado, cariño mío!

Todavía abrazados tras el último placer experimentado por ambo, Celeste Colb y el capitán Bentley se besaron, con leve cansancio producido per lo prolongado del encuentro sexual. Yacían desnudos los dos en la cámara de él, donde se habían encerrado poco después de que la nave fuese herméticamente cerrada.

—No entiendo al comandante —dijo poco después el capitán—. Ha podido teneros a las dos, a ti y a Rowena, y en cambio ha preferido ir por ahí volando con esa horrible cabezuda de Urrh.

—Eso es cosa suya. A partir de ahora no me tendrá más a mí. Ni a Rowena, que ha elegido por fin a Watkins, desistiendo de conseguir placer con Jolyon. Creo —se echó a reír Celeste— que tanto ella como yo hemos estado haciendo la tonta. ¿Por qué enemistarnos por un solo hombre cuando tenemos más de veinte en la nave? Y en un viaje tan largo, que puede durar meses y meses...

es muy satisfactorio saber que podemos disponer de veinte hombres…

—¿Quieres decir que lo haréis con todos?

—¿Por qué no?

—Creí… que me amabas a mí…

—Oh, vamos, Clerfe, no digas tonterías. Ni yo te amo a ti ni tú me amas a mí, pero eso no impide que podamos gozar juntos, como así ha sido… y será muchas otras veces. Pero ahora que he conseguido apagar mi deseo especial hacia Jolyon, no tengo por qué concederte la exclusiva. Y por otra parte…, ¿acaso no te gustaría a ti hacerlo también con Rowena?

—Creo que sí —sonrió Clerfe—. Sí, realmente, será muy…

—Capitán —sonó la voz del sargento Monaway en la cámara—: un mensaje de los urrh en la pantalla. Nos están esperando para ofrecernos el programa de televisión, señor.

El capitán Bentley hizo un gesto de fastidio, se separó de Celeste Colb, y se acercó al comunicador.

—Avise a todos los demás, sargento. Saldremos hacia allá dentro de media hora exactamente. Otra cosa: que seis de nuestros hombres lleven armas.

—Pero, señor…

—Ésas son mis órdenes, sargento. Pero que las lleven escondidas, bien camufladas.

—Sí, señor. ¿Qué clase de armas?

—De momento, creo que bastarán las pequeñas superláser. Más adelante, quizá tengamos que recurrir a las desintegradoras. Pero no todavía. Eso es todo.

CAPITULO VI

Los invitados terrestres fueron recibidos en una gran sala en cuyo fondo había una gran pantalla de tono azulado, de tamaño superior a la de cualquier cinematógrafo convencional de la Tierra. En el centro de la sala había bancos de piedra blanca, sentados en los cuales esperaban ya una treintena de urrh, entre hombres y mujeres. En la primera fila estaba sentado Jolyon Sanderfer, entre Venemon y Amandia, pero en cuanto entraron sus compañeros se puso en pie y se acercó a ellos, fruncido el ceño.

—Llegan ustedes tarde, capitán Bentley —dijo secamente.

—Lo siento, señor. Bueno, estábamos dormidos cuando...

—No es cierto. Y además, seis de ustedes traen pistolas superláser, con lo que han desobedecido mis órdenes. Usted responderá de esto cuando regresemos al A.S.C. Mientras tanto, dé la orden para que esas armas sean depositadas en aquel rincón.

—Mi comandante, si me permite...

—No. Obedezca usted mis órdenes, capitán. ¿O no piensa obedecerlas?

Jolyon Sanderfer se quedó mirando entre irritado y socarrón al capitán Bentley. Este se pasó la lengua por los labios. Sabía que todos los urrh tenían la mirada fija en él; sabía que ellos estaban captando sus pensamientos; sabía que podían aniquilarlo tan sólo con un dolor de cabeza espantoso provocado por sus voluntades...

—Sí, señor —murmuró—. A la orden, señor.

Las pistolas superláser fueron depositadas por los sombríos soldados en el rincón indicado por Jolyon Sanderfer, que volvió a ocupar su puesto de privilegio junto al rey Venemon y la princesa Amandia. Los urrh miraban con amable reproche a los terrestres, que estuvieron haciendo ruido incesantemente mientras ocupaban sus asientos. Por fin, se hizo el silencio; relativo, pues todavía hubo

ruido de pies, carraspeos… Llegó el silencio total.

Una voz de impecable modulación en inglés brotó de la pantalla al mismo tiempo que aparecían las primeras imágenes, reflejando su vivo colorido hacia toda la sala.

—Con el fin de que conozcan ustedes por lo menos una parte importante de la historia del planeta Urrh, y por ende, de toda la Galaxia de la Luz —dijo la hermosa voz—, hemos preparado un programa especial recurriendo a grabaciones que fueron realizadas hace más de cuatro millones de años. En este programa, en el que aparecen solamente seres de urrh, nos ha parecido necesario dotar de voz en inglés tanto a los seres de Urrh que tenían voz en su idioma originario, como a los urrh antepasados nuestros directamente. Como ven ustedes, hace más de cuatro millones de años había en Urrh variedad de seres vivientes. Vamos a destacar a las dos variedades más importantes. Una de ellas, somos los urrh actuales, y ya saben cómo somos; no hemos cambiado prácticamente en nada, en cuanto al aspecto físico; nuestra evolución ha sido más bien mental, alcanzando finalmente la conclusión de que sólo hay una auténtica fuerza en el universo, y esta fuerza es la bondad. He aquí, ahora, imágenes de la otra variedad de seres existentes hace más de cuatro millones de años en Urrh. Para diferenciarlos de nosotros durante el programa, a estos seres los llamaremos rruh en lugar de urrh, apelativo que utilizaremos nosotros…

Lo voz dejó de oírse. Quizá porque en la sala, los terrestres estaban todavía emitiendo exclamaciones de incredulidad y de sobresalto viendo a los llamados rruh. Éstos eran unos seres cuya estatura apenas alcanzaba el metro, completamente peludos, remotamente parecidos a los simios de la Tierra, pero dotados de una cabeza extraordinaria… y monstruosa.

En esta cabeza, cuyo tamaño excedía el de los urrh que aparecían con los rruh en la pantalla, destacaban inmediatamente las larguísimas y puntiagudas orejas, y la parte de atrás del cráneo, que se proyectaba en una protuberancia grotesca y horrenda. La parte delantera de la cabeza recordaba vagamente a la de un caballo, pero de morro aún más largo y provisto de grandes dientes puntiagudos y retorcidos, con cierta reminiscencia a la boca de un tiburón. Toda la enorme cabeza llena de protuberancias estaba

cubierta por hirsuto vello rojo y, al mismo tiempo, por escamas. Los ojos, rodeados de escamas, eran pequeños, redondos, negros hasta lo increíble, y expresaban una maldad absolutamente escalofriante.

—Dios bendito —gimió Rowena Donovan—... ¡Son horribles!

—Por favor, cállense todos —pidió suavemente Jolyon.

De nuevo el silencio. Y otra vez la voz nítida del locutor:

—Por un extraño designio o capricho de las fuerzas del universo, los urrh y los rruh compartían la Galaxia de la Luz y el planeta Urrh. Los urrh, mucho más inteligentes y bondadosos que los rruh, se esforzaron en ayudar a éstos en una evolución inicialmente mental que los encauzara hacia la bondad, lo que, a su vez, habría ido consiguiendo una evolución física hacia la belleza entendida según las normas de Urrh. Sin embargo, la maldad, la perversión de los rruh, parecía irreversible. Una y otra vez, los urrh, durante más de un millón de años, lo intentaron todo en favor de lor rruh, y hasta consiguieron que la inteligencia de éstos se fuese desarrollando. Pero, por desdicha, esa inteligencia no les sirvió para encauzarse hacia la bondad, sino que derivó hacia una perversión y maldad cada vez mayores. Así, llegó el momento en que la convivencia resultó imposible entre los urrh y los rruh. Estos se negaron definitivamente a seguir atendiendo las enseñanzas de los urrh, y así, llegó el momento de la Gran Revuelta.

En la pantalla comenzaron a aparecer escenas de la mencionada revuelta, y, al verlas, los hombres de la nave terrestre palidecieron intensamente, y Rowena y Celeste parecieron a punto de desmayarse.

Enormes bandadas de rruh, desnudos, horripilantes, tambaleantes por el peso de sus enormes cabezas deformes y monstruosas, corrían por las llanuras azules blandiendo ramas de árbol y arrojando piedras a los urrh, que aparecían en número muy inferior a ellos, con las manos extendidas, con gestos de súplica en sus rostros. Pero las súplicas no servían de nada. Los rruh avanzaban, arrollándolo todo, lanzando piedras y golpeando con las ramas las cabezas de los urrh, que morían a miles, siendo devorados inmediatamente, sobre la marcha, por los millones de rruh que llenaban la más inmensa pradera imaginable.

Las cabezas de los urrh eran machacadas, arrancadas a veces, pisoteadas; sus cuerpos eran descuartizados en el acto, y devorados

por las enormes fauces horripilantes de los rruh. La masacre era tan espantosa que Celeste Colb tuvo que cerrar los ojos, incapaz de resistir más las escenas de muerte, violencia y crueldad infinitas.

De pronto, a toda pantalla, apareció el rostro de un rruh que, posiblemente, era el más horrible de todos. Sus ojos rodeados de escamas expresaban una perversión insoportable, sus fauces chorreaban sangre de los urrh devorados.

—¡Yo soy Karnio, rey de los rruh, y digo que llegaremos hasta la residencia real de los urrh y los aniquilaremos a todos! ¡Sólo los rruh tendrán derecho a la vida en el planeta! ¡Aniquilad a todos los urrh!

Un griterío que parecía el rugido de un millón de fieras monstruosas acogió las palabras de Karnio, y los millones de rruh siguieron avanzando por la azul llanura, destrozándolo todo, devorándolo todo..., y sólo se detuvieron cuando en el cielo aparecieron unos miles de urrh volando hacia ellos. Estos urrh tomaron tierra a escasa distancia de la avanzada de la bestial horda encabezada por Karnio, que alzó un siniestro brazo, y la horda se detuvo.

Entonces, uno de los hermosos urrh se adelantó caminando hasta llegar a pocos pasos de Karnio. Era un urrh de indudable edad avanzada, y había en sus hermosos rasgos bondad y hasta indulgencia.

—Karnio —dijo la voz en doblaje inglés—, soy Enitom, rey de Urrh, y quisiera...

—¡No eres rey de Urrh, no eres rey de nada! ¡Yo soy el rey de Urrh!

—Karnio, escucha —suplicó Enitom—... Mi titulación de rey significa solamente que soy el mayor responsable del bienestar de todos los seres de Urrh, incluidos vosotros. Durante mucho tiempo, bien lo sabes, hemos estado conviviendo con vosotros en este planeta en el que surgimos en determinado instante del universo. Por lo que sea, nosotros tenemos más inteligencia que vosotros, pero siempre la hemos utilizado en beneficio común, y es nuestro sincero deseo que algún día os halléis en un nivel superior que os permita mayores gozos. Nosotros, Karnio, no tenemos la culpa de que la Creación os hiciera a vosotros diferentes. No tenemos la culpa de nada, ni siquiera de esa maldad vuestra que estamos

intentando corregir. Nosotros, Karnio, sólo deseamos vuestro bien, y eso lo sabéis perfectamente. ¿Acaso podéis reprocharnos algo en tanto y tanto tiempo que llevamos conviviendo en el planeta?

—¡Aparta! —gritó Karnio—. ¡No quiero escucharte más!

—Está bien. ¿Qué es lo que quieres, qué es lo que deseas, en definitiva? Dínoslo, y si está a nuestro alcance te lo concederemos.

—¡No tenéis que concedernos nada! ¡Todo es tan nuestro como vuestro!

—En efecto —asintió Enitom—, y así lo hemos entendido siempre. Sin embargo, hay cosas que vosotros todavía no estáis capacitados para entender en Urrh, así como instrumentos que no sabéis manejar… Así pues, Karnio, yo te ruego, en nombre del planeta Urrh, que tengáis la paciencia suficiente para que, en el tiempo, os elevéis lo bastante para que, entendiendo todo lo hermoso que existe en el planeta, podáis gozar de ello. Karnio, escucha mi súplica.

—¡No! ¡Ya estamos cansados de vuestra bondad, estamos llenos de odio por vuestra superioridad! Así que te diré lo que queremos nosotros, Enitom: queremos exterminaros a todos vosotros, para que en el planeta Urrh no exista vida superior a la nuestra. ¡Queremos que todos vosotros desaparezcáis para siempre del planeta y de la galaxia, y así, sin vuestra competencia, nosotros seremos los seres superiores de Urrh! ¡Eso queremos, y eso vamos a conseguir!

Diciendo esto, Karnio dio unos pasos hacia Enitom, y la rama que sostenía con ambas manos se abatió fortísimamente sobre la cabeza de Enitom, reventándola. En el mismo momento en que Enitom se desplomaba sin vida, los restantes urrh alzaron el vuelo, y regresaron hacia Ciudad Urrh para informar de la muerte de su rey. Mientras tanto Karnio era el primero en arrancar un trozo del cuerpo de Enitom y devorarlo furiosamente.

El cadáver de Enitom desapareció en cuestión de segundos, y, de nuevo chorreantes de sangre sus fauces, Karnio gritó:

—¡Vamos a Ciudad Urrh! ¡Que nadie quede con vida!

La horda se puso de nuevo en movimiento. Millones de rruh recorrieron corriendo la gran distancia, incansables, enardeciéndose más y más a medida que la blanca ciudad ajardinada iba apareciendo en toda su idílica belleza.

Una belleza que desapareció cuando los rruh la invadieron.

Como un enjambre sin fin, los rruh fueron llegando a Ciudad Urrh, que desapareció, fue saqueada, demolida, arrasada... Todos los habitantes de Ciudad Urrh que no pudieron escapar fueron exterminados, menos las mujeres, que fueron violadas interminablemente y retenidas por la salvaje e implacable horda bestial para posteriores violaciones.

Sobre las ruinas de la residencia real, Karnio ordenó la reconstrucción a su modo, y se implantó como rey de Urrh. Como tal, en poco tiempo, ordenó y dirigió el exterminio de los urrh en todas las ciudades del planeta, pero ya no pudieron hallar más urrh para ser sacrificados, porque los urrh habían huido hacia las montañas. Y allá en las montañas, mientras miles de urrh morían de frío y de hambre, pues los rruh se habían apoderado de todos los vibroluz, Kineo, hijo de Enitom, reunió a los más significados de los urrh, y les lijo:

—Es inútil que nos enfrentemos con la razón a los rruh, de modo que vamos a ofrecerles el beneficio del tiempo. Durante cien años permaneceremos en las montañas, y nos alimentaremos con los frutos que podamos ir robando en las llanuras. Si dentro de cien años Karnio y los demás han reflexionado y comprendido, podremos llegar a un entendimiento final con ellos.

—Kineo —se alzó una voz—: ¿y si no llegan a comprender?

—Entonces prescindiremos de ellos, porque habrán demostrado que no son dignos de permanecer en el planeta Urrh.

En la pantalla se fueron sucediendo imágenes que expresaban el paso del tiempo, y que demostraban que los rruh no entendían ni entenderían nunca. Seguían matando a los urrh siempre que podían, seguían secuestrando sus mujeres, que utilizaban para satisfacción de su brutal sexualidad. Nacieron los llamados rruhhurr, extraños seres monstruosos, mitad urrh y mitad rruh. Nacieron en enormes cantidades, y a su vez, las hembras rruhhurr fueron utilizadas por los rruh en cuanto estuvieron en edad para ello, y así la población de rruh y de rruuhurr fue creciendo y creciendo y creciendo... Y la maldad también fue creciendo y creciendo y creciendo...

Llegado el año cien, Kineo, muy avejentado, pues hacía ya cien años que no podía regenerarse, reunió de nuevo a los que quedaban de los más significados urrh, allá en el frío de las montañas, y les dijo:

—Todo es inútil. Cada vez hay más rruh y rruhurr, y la bondad no aparece. Nuestras mujeres secuestradas han tenido muchos hijos, y éstos los están teniendo a su vez. Sabemos que nuestras mujeres no quieren separarse ahora de sus hijos rruhhurr, y esto es una gran tristeza para nosotros. Pero el momento ha llegado: los urrh nos quedaremos para siempre solos, como únicos habitantes de este planeta. Nuestra paciencia, nuestra indulgencia, deben darse por finalizadas.

Así fue como todos los urrh descendieron finalmente de las montañas heladas tan temidas por los rruh, y fueron al encuentro de éstos, que no habían progresado nada, no habían aprendido a utilizar instrumentos, ni tan siquiera sus mentes, por lo que, cuando Karnio tuvo noticias de que se acercaban los urrh, mostró una cruel satisfacción, y salió al frente de su horda a su encuentro, proveyéndose de ramas y piedras.

Sin embargo, esta vez no hubo batalla.

Los urrh enviaron su repulsa mental hacia los rruh, y éstos fueron cayendo por millares sobre la hierba azul, desvanecidos al no poder resistir la potencia mental de los urrh. En muy poco tiempo millones de rruh sucumbieron ante las mentes de los urrh. Y fue entonces cuando Kineo dictó su sentencia:

—Todos los rruh y todos los rruhhurr, así como aquellas de nuestras mujeres que deseen seguir a sus hijos, serán enviados en naves dirigidas por nosotros hacia el punto del espacio más lejano posible, depositados en otro planeta o cuerpo celeste, y dejados allá en soledad para que, tal como son y serán, permanezcan para toda la Eternidad. Y jamás será permitido el regreso a Urrh de ninguno de esos seres.

Las imágenes siguientes mostraron enormes naves en las que los rruh y los rruhhurr eran instalados en estado de hibernación, colocados en pilas bien dispuestas.

Y finalmente, cientos de enormes naves que nunca habían sabido utilizar los rruh fueron lanzadas al espacio, perforaron la cobertura de la Galaxia de la Luz, y desaparecieron en el espacio infinito.

—Y esa perforación —regresó la voz del locutor— es la que hace millones de años se abre de cuando en cuando, y tiene que ser reparada, a fin de que nunca jamás nadie pueda encontrar el planeta Urrh ni la Galaxia de la Luz. Ustedes llegaron en el

momento inoportuno de uno de los desgarrones periódicos de la cobertura. De no haber sido así, jamás habrían conocido Urrh.

La pantalla se apagó.

Durante unos segundos todo fue silencio. Por fin, se oyó la voz de Elbert Ware:

—Entonces, es cierto que ustedes jamás han enviado señales de radio, jamás han querido contacto con nosotros.

—Jamás —dijo Venemon, poniéndose en pie y volviéndose—. Ni creemos que nadie haya solicitado contacto con ustedes en todo el universo, señor Ware. Esas señales deben de proceder de cuerpos celestes magnéticos carentes de vida inteligente.

—Si ustedes están seguros de eso… significa que nosotros estamos perdiendo el tiempo buscando el origen de esas señales.

—Si lo que buscan es vida inteligente, sí. Si lo que buscan es sólo procedencia de esas señales, quizás alguna vez puedan conseguirlo.

—¿Por qué hemos de creerle a usted? —gruñó Slim Watkins.

Venemon lo miró en silencio. Luego, simplemente, abandonó la sala, seguido por los demás urrh, excepto Amandia, que se quedó junto a Jolyon Sanderfer, el cual miró a Bentley, y ordenó:

—Regresen a la nave, capitán. El programa ha terminado.

—¿Y qué objeto ha tenido? —exclamó Alger Cowan—. ¿Hacernos saber que hubo seres malvados en Urrh pero que ahora ya no los hay? ¡Eso es mentira! Todos nosotros, comandante, sépalo bien, estamos… percibiendo oleadas de maldad a nuestro alrededor, sentimos… como una siniestra manifestación de maldad infinita. ¿Y sabe usted por qué?

—¿Por qué, señor Cowan?

—Porque si los seres de Urrh que fueron expulsados eran malvados, aún lo son más los seres de Urrh que se quedaron. ¡Por eso! ¿Lo entiende usted, comandante Sanderfer?

—Regresen a la nave, y no salgan de ella hasta nueva orden.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir? —casi gritó Rawhngs. Amandia se llevó las manos a sus membranas auditivas, protegiéndolas, haciendo un gesto de dolor. Un gesto casi furioso apareció en el rostro de Jolyon Sanderfer.

—Castigaré severamente a quien vuelva a gritar o hacer ruidos excesivos. Regresen a la nave inmediatamente. Y no salgan de ella

por ningún motivo.

—¿Que no salgamos de ella? —exclamó Hanna—. ¡Escuche...!

Amandia había vuelto a proteger sus oídos. Ahora, el gesto de furia de Jolyon fue terrible. Pero su voz fue contenidamente baja, suave:

—Señor Hanna, no quiero tener que volver a repetir ninguna orden. Así que lo diré por ultima vez: vuelvan todos a la nave y no la abandonen bajo ningún pretexto. ¿Entendido?

Wayne Hanna fue a decir algo, pero el capitán Bentley le asió por un brazo, apretándoselo.

—Sí, señor —dijo mirando a Jolyon—. Sus órdenes serán obedecidas, mi comandante.

Jolyon Sanderfer lo miró, pero no dijo nada hasta que los soldados que habían traído las pistolas superláser iniciaron el acercamiento a ellas.

—Déjenlas ahí —ordenó.

Hubo unos segundos de pesado silencio. Luego, todos los terráqueos excepto su comandante emprendieron el regreso a la nave espacial USA-ASC-097.

Jolyon Sanderfer se volvió hacia Amandia al recibir su comunicación:

«Todos ellos están dispuestos a desobedecerte, Jolyon.»

«Lo sé.»

«¿Por qué no les dices la verdad?»

«No. Creerían que estoy loco..., que me habías vuelto loco del mismo modo que creen que me tienes bajo tu control mental y que obedezco tus órdenes y las de tu padre.»

«Si supieran la verdad...»

«No la entenderían. O mejor dicho, no la admitirían. No te preocupes más por mis compañeros: yo me ocuparé de ellos. Pero de momento, no vale la pena ni hacerles caso. Tardarán mucho en tomar una decisión que pueda afectarnos. Amandia, te amo...»

Minutos más tarde, Amandia y Jolyon flotaban en un abrazo de amor que los unía también en el grandioso goce sexual que cada vez alcanzaba mayor intensidad.

Y en esos momentos, ciertamente, se olvidaron de los seres que estaban regresando a la nave terrestre.

* * *

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? —preguntó el capitán Bentley.

Todos asintieron, en silencio. Hacia horas y horas que estaban discutiendo el asunto en el interior de la nave, cuya compuerta había sido cerrada. Aldo Watkins había puesto en funcionamiento la interferencia continua, de modo que los sistemas radiales de la nave habían quedado imposibilitados para recibir o enviar mensajes. Rowena Donovan, la astrofísica, había puesto en marcha un campo de ondas de sonidos chirriantes inaudibles para los terráqueos, pero que sin duda debía de resultar doloroso para cualquier urrh que estuviera lo bastante cerca para percibirlo, lo que no les resultaría difícil, dada su agudeza y sensibilidad auditiva. Celeste Colb, por su parte, había accionado la computadora de estabilización mental, que emitía ahora sin cesar emanaciones de sosiego mental, mas no hacia un paciente determinado que quisiera aquietar su mente, sino hacia el exterior de la nave, rodeando ésta como una capa de aire invisible. Con esto, tenían la esperanza de que la percepción telepática de los urrh no traspasara la barrera de sosiego mental, de modo que no podrían acceder a los pensamientos de ellos.

—Sólo hay una cosa que me preocupa —murmuró de pronto Slim Watkins—: ¿qué es lo que realmente están tramando contra nosotros esos malvados seres de Urrh? Han podido matarnos desde el primer momento, han podido controlarnos, someternos... ¿Qué están realmente tramando, qué esperan conseguir de nosotros? Tiene que ser algo, porque si en verdad no deseaban ningún contacto con el exterior de su Galaxia, ¿por qué nos atrajeron? ¡Podrían haber hecho lo contrario, esto es, repelernos tan lejos una y otra vez que una de las veces que volviéramos ya habrían reparado su maldito agujero, y no habríamos podido encontrarles!

—Yo también temo algo en este sentido—dijo Elbert Ware—. Y sólo se me ocurre una respuesta: hay algo en nosotros, o en esta nave, que ellos quieren.

—¿Y qué esperan para tomarlo? ¡Pueden hacerlo!

—Quizás están estudiando el mejor modo de conseguirlo.

—Sea lo que sea —dijo Cowan—, yo no estoy dispuesto a soportar más tiempo esta situación, y esa maldad que a cada instante me oprime más. Ellos están engañando al comandante, y eso es lamentable, pero nosotros no tenemos la culpa. Si podemos

llevárnoslo naturalmente que lo haremos, pero si no es posible, él se quedará, y nosotros nos escaparemos por el agujero de su cobertura antes de que tengan ocasión de hacer con nosotros… lo que sea que estén tramando.

—Hay momentos —se estremeció Celeste Colb— en que tengo la sensación de que nos están… estudiando como si fuésemos… animalitos exóticos. No sé, algo así. Nos estudian con una curiosidad que me parece morbosa, escalofriante.

—¿Qué cree que pueden haber hecho con el comandante, en definitiva? —preguntó Cowan.

—La única explicación que se me ocurre es que está bajo hipnosis —movió la cabeza Celeste—. ¡Y por supuesto lo están manejando como si fuese un autómata!

—Son de una maldad refinada —jadeó Watkins—… ¡Toda esa sangrienta historia de los urrh y los rruh…! Me pregunto cómo serían de malvados los rruh, si lo eran más que estos urrh que conocemos. Y otra cosa: ¿tenían televisión aquí hace cuatro millones de años?

—Vamos, Watkins —gruñó Elbert Ware—… La televisión ha existido siempre, o, mejor dicho, el… transporte de imágenes de un lado a otro. Somos nosotros los que hemos tardado millones de años en descubrir que existe; no la hemos inventado, ¿sabe? Ha estado siempre ahí.

—Señores —dijo Bentley—, no desviemos la conversación. Hemos llegado a un acuerdo. ¿Cuándo les parece que pongamos en marcha el plan?

—Yo creo que deberíamos esperar un par de días…, o el tiempo equivalente —dijo Celeste, frunciendo el ceño—… Bueno, un poco de tiempo para confiarlos. ¡Me pone nerviosa que no llegue nunca la noche!

—Está bien —asintió Bentley—: esperaremos cincuenta horas exactamente.

CAPÍTULO VII

Pero no tuvieron que esperar tanto, porque tan sólo dos horas más tarde, Wayne Hanna, que vigilaba en su puesto de navegante, llamó al capitán Bentley, el cual acudió presurosamente a la sala de mandos.

No tuvo que preguntar qué ocurría, porque todavía no había llegado junto a Hanna cuando ya vio en pantalla la imagen de Jolyon Sanderfer, en la llanura azul.

—Está frente a la nave —explicó Hanna—, y evidentemente, quiere entrar. Está utilizando su radio personal, supongo que ordenándonos que abramos la compuerta.

—Vaya —murmuró Bentley—... De modo que estamos vigilando por si esos malvado seres de Urrh intentan algo... ¡y resulta que es nuestro propio comandante el que viene! ¡Y solo!

—Quizá deberíamos suprimir la interferencia y escuchar lo que tiene que decimos —sugirió Hanna.

—En mi opinión le interesa más a él escucharnos a nosotros que a nosotros escucharle a él. Pero le escucharemos. ¡Sin suprimir la interferencia, desde luego! Simplemente, le dejaremos entrar. Por muy controlado que esté mentalmente, es sólo un hombre como nosotros. Abra la compuerta, Hanna.

—Muy bien.

Desde su puesto de control de navegación, Wayne Hanna pulsó el resorte que abría la compuerta. En la pantalla vieron a Jolyon Sanderfer mirarla, colgar la pequeña radio de su cinturón, y acercarse a la nave. En cuanto desapareció de la pantalla, Bentley ordenó:

—Cierre de nuevo la compuerta. Y veamos qué tiene que decirnos ese pobre hombre automatizado... que alguna vez fue nuestro comandante. ¡Sargento!

—¿Señor? —se acercó Monaway.

—No pierdan de vista al comandante Sanderfer. Y si intenta algo contra nosotros disparen contra él sin vacilar.

—Pero, mi capitán...

—¿No lo entiende? ¡Ese hombre que acaba de entrar en la nave no es ni mentalmente ni emocionalmente el mismo que partió con nosotros de la Tierra! ¡Estén atentos a su posible agresión!

—Sí, señor. A la orden, señor.

Jolyon Sanderfer no tardó ni quince segundos en aparecer con paso rápido y firme en la sala de mandos. En ésta, además de Monaway y algunos soldados, estaban Hanna, Bentley, Cowan y Ware, todos mirando al comandante de la nave, cuya mirada se posó fríamente en el capitán Bentley.

—¿Se puede saber qué están tramando ustedes, capitán? —preguntó con tono seco.

—Ah —sonrió Bentley—... De modo que, en efecto, hemos tenido éxito con nuestra cortina de interferencia, mi comandante.

—Así es. Y debo decirle que eso complace mucho a los urrh, pues se evitan recibir los desagradables pensamientos de ustedes. Pero a mí no me gusta. ¿Quién ha dado semejante orden?

—Bueno, señor, en realidad ha sido un... acuerdo colectivo de todos nosotros.

—¿Está tratando de decirme que se han amotinado?

—Ése puede ser su punto de vista, comandante, pero no es el nuestro. Ni lo será el de los Altos Mandos del A.S.C. cuando al regresar allá expliquemos lo ocurrido con usted. Y digo al regresar allá porque tenemos intención de regresar, señor.

—Por supuesto. En cuanto los urrh hayan reparado el...

—No, señor. No vamos a esperar a que los malvados seres de Urrh hayan dispuesto las cosas a su conveniencia, que hayan... reparado su cobertura, ni nada de eso. Queremos tener la seguridad de que podremos salir de lo que, al parecer, es una galaxia-bolsa situada en un plano oculto del espacio. De modo, señor, que nos iremos cuando nos convenga a nosotros, es decir, antes de que ellos hayan reparado ese agujero.

—Capitán Hanna: como comandante de esta nave le ordeno...

—Perdone, señor. Ya no es usted el comandante de esta nave. Dadas las circunstancias, el mando ha sido tomado por el oficial

inmediatamente inferior a usted en graduación.

—De modo —sonrió fríamente Jolyon— que ahora es usted el comandante.

—Lógicamente, señor.

—Muy bien. Espero que a su debido tiempo afronte la responsabilidad de su insubordinación. En cuanto a marcharse de Urrh sin el permiso de los urrh, olvídelo: ellos solamente tienen que poner en funcionamiento su fuerza de succión para que esta nave no pueda despegar jamás sin su consentimiento, de modo que...

—Ya hemos pensado en una solución para ese problema, señor. Pensábamos realizar nuestro plan dentro de cuarenta y ocho horas, pero ya que está usted aquí, alteraremos el factor tiempo. Es nuestra intención llevarle de regreso a la Tierra si es posible, a fin de que sea examinado y puesto en vías de curación. Hasta entonces, señor, yo soy el comandante de la nave... y el plan se pone en marcha inmediatamente. Le ruego que no ofrezca resistencia, señor.

Hizo un gesto, y el sargento Monaway y el grupo de soldados se acercaron a él. Jolyon los miró hoscamente.

—Lo siento, señor —murmuró Monaway—. Le ruego que nos acompañe a una de las salas de descanso, señor.

—¿Está usted loco, sargento? ¿Pretende tomarme prisionero?

—Ya basta de charla —gruñó Bentley—. ¡Llévenselo! Y acto seguido, sargento, dispónganse todos para salir a cumplir nuestra misión de protección.

—Sí, señor —masculló Monaway, dando otro paso hacia Jolyon.

El puño derecho de éste chascó secamente la barbilla del sargento, que salió despedido hacia atrás, con los ojos en blanco. Jolyon, que había acudido desarmado pese a disponer de seis pistolas superláser en la residencia real, saltó en pos de Monaway, al parecer con la clara intención de apoderarse del arma que el sargento portaba al cinturón, pero, apenas se había inclinado para hacerse con el arma, los soldados saltaron sobre él, a una seña de Bentley, que gritó:

—¡No lo maten! ¡Quiero que responda de su traición cuando lleguemos a la Tierra!

Momentáneamente, Jolyon Sanderfer quedó aplastado bajo el peso de los ocho soldados, pero muy pronto emergió entre ellos erguido en toda su imponente estatura, congestionado el rostro por

la furia y disparando sus puños a diestro y siniestro.

En un instante, tres soldados salieron despedidos fuera del círculo de lucha, uno de ellos sin sentido, otro con la mandíbula rota por el tremendo impacto recibido. Otro soldado golpeó a Jolyon en los riñones con los dos puños juntos, y el comandante emitió un resoplido y cayó ahora de rodillas. Aun así, todavía se quitó de encima a otros dos soldados que cayeron sobre sus hombros, y nuevamente se puso en pie.

Frente a él, otro soldado, demudado el rostro, disparó su pie derecho hacia las ingles de Jolyon, que apartó el golpe cruzando las manos ante esa zona de su cuerpo, asió el pie, y tiró hacia arriba, alzando al soldado, que dio una vuelta en el aire, gritando, y cayó, de cabeza, quedando inmóvil...

A media docena de pasos de Jolyon Sanderfer, el capitán Bentley, alteradísimo, consiguió por fin colocar la pistola superláser en posición cero, apuntó al pecho de Jolyon, y oprimió el disparador. Un delgado y tenue rayo de luz anaranjada brotó del arma, y fue a impactar en el pecho de Jolyon Sanderfer. Éste quedó súbitamente inmóvil, como convertido en una estatua.

Eso fue todo.

—¿Creen que podrán llevárselo ahora? —jadeó Bentley—. ¡Y avisen a la doctora Colb para que atienda a los heridos! ¡Vamos!

Jolyon Sanderfer fue empujado hasta colocarlo horizontalmente, y, tal como si fuese una estatua, rígido, fue sacado de la sala de mandos por tres soldados de rostros demudados. Bentley se inclinó sobre Monaway, y lo hizo volver en sí con unos cuantos cachetes. Cuando la mirada del sargento hubo recobrado la luz del conocimiento, Bentley gruñó:

—Vamos, en pie... ¡Tenemos que realizar nuestro plan de fuga inmediatamente!

* * *

En la llanura azul, cerca de una pequeña ciudad alejada de Ciudad Urrh, jugaban unos cuantos niños de grandes cabezas. Cerca de ellos, unas jovencitas y sus madres, reían divertidas por las escenas.

Sus inocentes miradas se volvieron hacia la nave que apareció de pronto, y que se posó sobre la azul hierba a escasa distancia del grupo. Era una de las naves de Urrh, así que se quedaron mirándola

confiadamente. Mas, apenas la compuerta de la nave se abrió, las ondas mentales de los terrestres llegaron hasta los seres de Urrh, y la hembra de más edad emitió mentalmente la señal de alarma.

Con ello consiguió provocar más que nada el estupor en las bellas jovencitas, y, especialmente, en los niños, cuyos grandes ojos, ahora muy abiertos, parecían irreales en su enormidad.

La comprensión de la onda de alarma llegó a todos cuando de la nave no vieron surgir a otros urrh, sino a los terrestres, todos ellos armados con pequeños artefactos. Una jovencita alzó rápidamente el vuelo, pero apenas estaba a unos treinta metros de altura y ya los demás se disponían a imitarla cuando el capitán Bentley la apuntó con su superláser y disparó.

En la luminosidad del día eterno de Urrh apenas se vio el delgado rayo anaranjado, pero, a treinta metros de altura, la joven urrh recibió la descarga, y en el acto se desplomó como una piedra. Dos niños que ya estaban a un par de metros de altura fueron alcanzados por las descargas superláser en posición cero, y también cayeron. Los demás urrh fueron así mismo paralizados en menos de cinco segundos por los disparos de los soldados y del sargento Monaway. Transcurridos esos cinco segundos, todos los urrh estaban convertidos en estatuas.

—¡Deprisa! —gritó Bentley—. ¡Vamos, deprisa, tráiganlos todos a la nave! ¡Incluso al primero, aunque esté muerto!

Los soldados se apresuraron a obedecer. Y todavía estaban transportando urrh a la nave cuando Monaway tocó en un brazo a Bentley y señaló lejos y arriba: quizás un centenar de urrh adultos volaban velozmente hacia ellos procedentes de Ciudad Urrh.

—Era de esperar —dijo fríamente Bentley—: en cuanto hemos abandonado la cobertura de la interferencia los adultos han percibido nuestros pensamientos, nuestras intenciones. Pero llegan tarde..., muy tarde. Vamos a darles un toque de atención, sargento.

Clerfe Bentley dispuso su pistola en la posición cinco, apuntó hacia uno de los ya cercanos urrh, y disparó. Apenas el rayo láser impactó en el cuerpo del urrh, éste se convirtió en una diminuta bola de blanco humo que desapareció enseguida. Junto a Bentley, Monaway también disparó por dos veces, y otras dos breves bolas de humo blanco reflejaron por un instante la luz trisolar antes de desaparecer. El capitán Bentley disparó de nuevo... Los urrh se

elevaron velozmente, pese a lo cual Bentley gritó:

—¡Mataremos a nuestros rehenes si somos atacados en cualquier forma! ¡Y díganle a su rey que retire la gravitación sobre nuestra nave! ¡Sólo queremos marcharnos de Urrh!

Sabía que los finos oídos de los urrh habían recibido el mensaje, que por otra parte no necesitaban, pues en aquellos momentos ya debían de conocer sus intenciones. Dejó de disparar, y Monaway hizo lo mismo. Los urrh emprendieron velozmente el regreso a Ciudad Urrh.

—¡Bueno! —exclamó Monaway—. ¡Parece que nos ha salido bien, mi capitán!

—Volvamos a nuestra nave.

* * *

La compuerta fue cerrada en cuanto Bentley hubo entrado en la nave terrestre, en pos de los últimos soldados transportando a los rehenes de Urrh. Bentley corrió hacia la sala de mandos, y fue a colocarse junto a Slim Watkins.

—Muy bien —jadeó—. Tenemos a veintidós urrh vivos y paralizados. Ellos ya lo saben sobradamente. Ahora, Watkins, comuníquese con esos seres malvados para hacerles saber con toda claridad...

En la pantalla comenzaron a aparecer las palabras en inglés con su tono musical. El mensaje fue rápidamente terminado, y su texto demostraba sin lugar a dudas que ahora los urrh conocían ya perfectamente sus planes.

Éste era el mensaje:

«A capitán Bentley de la.nave terrestre USA-ASC-097: hemos retirado sistema de retención de su nave en nuestro planeta. Les rogamos la devolución inmediata de los rehenes, y acto seguido podrán ustedes marcharse de Urrh sin oposición alguna por nuestra parte. También solicitamos la entrega del comandante Jolyon Sanderfer.

»Les deseamos feliz regreso a la Tierra.»

—¿Pretenden tomarnos el pelo? —jadeó Bentley—. ¡Ni que fuésemos idiotas! Watkins, dígales que no vamos a entregarles al comandante ni tampoco a los rehenes pues no nos fiamos de ellos, de modo que nos los llevaremos hasta encontrarnos a salvo en el espacio exterior de la Galaxia de la Luz.

—Aun así, pueden atacarnos entonces…

—No. No disponen de armamento, ni de naves de combate. Dígales que sólo cuando estemos a salvo les devolveremos los rehenes, y que si intentan…

Llegó un mensaje nuevo a la pantalla:

«A capitán Bentley de la nave terrestre USA-ASC-097: no serán atacados ni retenidos de ninguna manera. Rogamos que consideren la conveniencia de devolver los rehenes antes de partir, a fin de evitarles peligros en el espacio al ser trasladados de una nave a otra. Por favor devuelvan los rehenes ahora y marchen en paz. Es también nuestro deseo que se marchen cuanto antes de la Galaxia de la Luz.»

—¿Qué contesto, señor? —preguntó Watkins.

—¡Envíelos a la mierda! Es decir, no se moleste en contestar nada: ellos ya saben que haremos las cosas a nuestra manera, no a la suya… ¡Hanna!

—¿Sí, capitán?

—Compruebe si podemos despegar. Si es así, hágalo inmediatamente. ¡Nos iremos a toda velocidad de este maldito planeta lleno de seres malvados!

—No hay nada que impida el despegue, capitán.

—¡Perfecto! ¡Se ve que aman mucho a sus congéneres! Cuenta atrás en veinte segundos, Hanna.

—Sí, señor.

Wayne Hanna utilizó el sistema de ignición. Hubo un breve instante en que se oyó un suave zumbido. Todos los sistemas de propulsión respondían perfectamente. En el contador de tiempo apareció la cifra veinte. Los sistemas de visión por instrumentos funcionaban, los sistemas de seguridad no expresaron alarma alguna, la escotilla de visión directa estaba cerrada.

Doce segundos, once, diez, nueve…

En el sistema de comunicación a toda la nave, el capitán Bentley lanzaba la advertencia:

—Despegue en ocho segundos, preparados. Seis segundos, cinco segundos, cuatro… Gravitación interior comprobada. Dos segundos, un segundo… ¡Despegue!

La sensación duró apenas medio segundo. Luego, todo quedó como antes, la normalidad era absoluta.

—Velocidad mil —cantó Wayne Hanna—… Mil quinientos… Dos mil… Altura: veinticinco kilómetros. Velocidad tres mil… Altura cien kilómetros… Pérdida de gravedad, ninguna interferencia, ausencia total de succión, espacio libre… Velocidad siete mil quinientos… ¡Espacio!

Se oyeron varios suspiros en la sala, especialmente el de Clerfe Bentley, que se acercó a Hanna.

—Aumente progresivamente hasta la velocidad cien mil de crucero. Watkins, comunique a los seres de Urrh que exigimos guía radial hacia el maldito agujero de su galaxia, y que…

—No es necesario, señor —dijo Wayne Hanna—: me están llegando directamente los datos necesarios para orientar la nave hacia ese agujero. Distancia: tres millones y medio de kilómetros.

—¿Nada más? —se pasmó Bentley.

—Esta galaxia-bolsa debe de ser diminuta, capitán.

—¿Diminuta? ¡Si no fuese porque estamos saliendo de ella ni siquiera creería que existe! Bien, siga las indicaciones de los malvados seres de Urrh, pero no se confíe. Todos los demás, atentos a sus controles. ¿Por qué no están aquí Cowan y Ware? ¡Malditos sean, estamos en pleno vuelo! ¡Quiero sus análisis!

Salió rápidamente de la sala de mandos, en busca de los encargados de las respectivas computadoras de análisis. Apenas había salido se encontró con Celeste Colb, que, evidentemente, acudía hacia la sala de mandos. Estaba pálida.

—¿Qué ocurre? —se alarmó Bentley.

—Será mejor que vengas, Clerfe. No me gusta lo que están haciendo Cowan, Ware y los soldados.

CAPÍTULO VIII

Estaban todos en una gran sala, en cual habían sido depositados los rehenes de Urrh, y, nada más entrar, Bentley comprendió que iba a tener problemas.

Graves problemas.

En un rincón estaba el cadáver del urrh que se había estrellado al recibir el primer disparo efectuado por Bentley. Y como acorralados en otro rincón estaban los restantes, mirando a los soldados que, ante ellos, reían, mientras Cowan, Ware y Rowena Donovan contemplaban la escena con interés matizado de ironía.

—¿Qué significa esto? —exclamó Bentley—. ¡Vuelvan todos a sus puestos inmediatamente!

Los soldados lo miraron como sorprendidos. Cowan frunció el ceño y miró hoscamente al capitán.

—Oiga, tómeselo con calma, ¿quiere, Bentley? Recuerde que esta nave está siendo comandada ahora por el grupo, de modo que no se engalle demasiado.

—Pero... ¿qué maldición está usted diciendo? —tronó Bentley.

Todos los urrh, sin excepción, llevaron las manos a sus membranas auditivas, protegiéndolas, mientras sus rostros expresaban el dolor que les producía la brutalidad sonora del capitán.

—Creo que debería tomárselo con calma, en efecto, señor —dijo el sargento Monaway—. Debería usted entender el miedo que han pasado nuestros hombres, y el derecho que tienen ahora a pasarlo un poco bien.

—¿A pasarlo un poco bien? ¿Qué quiere decir, sargento?

—Mire, señor: usted, el comandante Sanderfer, y el personal no militar de la nave lo han estado pasando muy bien con las doctoras Donovan y Colb, pero ni yo ni los muchachos hemos tenido esa...

distracción todavía. Y si se fija usted bien, capitán, verá que seis de esas muchachas urrh son bellísimas…, si dejamos aparte la cabezota, claro.

Hubo risas entre los soldados. La mirada de Bentley fue hacia el grupo de urrh nuevamente. Había hembras que parecían de considerable edad, y niños, pero, en efecto, había seis jovencitas cuyos cuerpos cubiertos por las túnicas ponían en evidencia una belleza poco común.

—Sargento: estos rehenes deberán ser devueltos cuando…

—De acuerdo, de acuerdo —admitió Monaway—, serán devueltos. ¿Por qué no? Pero, mi capitán, ¿qué tiene de malo que nuestros hombres se diviertan antes un poco, que tengan una… experiencia verdaderamente insólita del espacio y los mundos alejados de la Tierra?

Clerfe Bentley dirigió la mirada hacia algunos de los soldados, que lo miraban a su vez atentamente. En un instante, Bentley comprendió que si su postura era excesivamente rígida las cosas se iban a complicar de verdad y muy seriamente. Y por otro lado, ¿por qué buscarse complicaciones a causa de unos cuantos malvados seres de Urrh?

—Creo —dijo de pronto Celeste Colb—… creo que están… intentando atacarnos. Siento… siento esa sensación malvada que me envuelve…

Bentley la miró brevemente, y volvió acto seguido la mirada, ahora colérica, hacia el grupo de silenciosos urrh.

—¡Dejen de intentar nada contra nosotros, o no sólo ustedes, sino todo el planeta Urrh sufrirán las consecuencias! Sé que me están entendiendo todos, de modo que escuchen bien: pórtense dócilmente, o sus cadáveres serán arrojados al espacio y nosotros volveremos a Urrh en son de guerra. ¿Está claro?

No hubo respuesta ni gesto alguno por parte de los urrh. El sargento Monaway sonrió divertido.

—Seguro que le han entendido, mi capitán. Y ya verá como se portan muy dócilmente. Hagamos una prueba con las seis jovencitas, a las que los muchachos y yo vamos a proporcionarles el gran placer de ser desfloradas por maravillosos seres llegados del maravilloso planeta Tierra… ¡Vosotras seis, quitaos las túnicas, queremos ver muy bien esos cuerpos que estamos deseando poseer!

¡Vamos! ¡Y dejaos de tonterías mentales…!

* * *

Fija la mirada en la metálica puerta de la cabina en la que había sido encerrado, el comandante Jolyon Sanderfer realizó el último esfuerzo mental. Se oyó un leve chasquido en la cerradura, apenas audible. El comandante Sanderfer asió la manilla, y atrajo la puerta, abriéndola.

Al otro lado, en el pasillo, los dos soldados de guardia ante la puerta que ellos mismos habían cerrado volvieron la cabeza, y en sus rostros apareció un gesto de estupefacción.

—Pero… —empezó uno de ellos.

El puntapié del comandante le acertó de lleno en los testículos. El soldado soltó un bufido, encogiéndose, y cayó rodando como una pelota. El otro no tuvo tiempo más que de mover la mano hacia la pistola que colgaba de su cinto. Apenas la habían tocado sus dedos cuando recibía el tremendo puñetazo en el estómago, y, casi simultáneamente, un cruzado en la mandíbula que lo lanzó contra la pared, ya sin sentido.

Jolyon Sanderfer se hizo con las pistolas de ambos soldados metió a éstos dentro de la cabina, y cerró la puerta. Miro la posición de las armas para los disparos y apretó los labios al ver la posición cinco. Colocó la cero, y se deslizó por el amplio pasillo. En alguna parte había un rumor de voces, pero no en la dirección que el quería seguir, esto es, hacia la sala de mandos.

Cuando apareció en ésta, todo era silencio y quietud. El personal presente atendía sus controles, ajeno a todo lo demás. Nadie parecía reparar en la presencia del comandante de la nave en la entrada a la sala de mandos.

Y la sorpresa y la rapidez de acción de Jolyon le proporcionaron rápidamente el triunfo. El primero en quedar convertido en una estatua fue Wayne Hanna, que no se enteró de nada. Y todavía nadie se había enterado de nada cuando ya Watkins estaba asimismo paralizado. Wilbur Chambers, el ayudante de Hanna, reparó de pronto en la extraña actitud de éste, lo miró directamente… y quedó convertido en una estatua. Quinton Rawlings, jefe de armas, fue el único que tuvo la oportunidad de ver a su comandante en el momento en que éste le apuntaba.

Abrió mucho los ojos, y se puso en pie de un salto exclamando:

—¡No, mi com...!

El rayo anaranjado se hundió en su pecho. Todavía desequilibrado en el salto que le ponía en pie, Quinton Rawlings rodo por el suelo, rígido, como un palo.

Inmediatamente, Jolyon Sanderfer miró hacia la pantalla de recepción de mensajes, en la que ahora apareció nítidamente la imagen de Amandia. Los ojos de la imagen femenina y los del hombre terrestre parecieron conectarse en una intensa mirada.

«Jolyon, los rehenes van a ser maltratados.»

«Lo impediré inmediatamente. ¿Podéis haceros cargo de la nave?»

«Sí, como la otra vez, pero no queremos hacer nada hasta que los urrh estén a salvo. Mataron a varios en la llanura..., y no queremos que mueran más.»

«Trataré de impedirlo. Pero, pase lo que pase, tenéis que succionar nuevamente esta nave. Por favor, hacedlo.»

«Está bien. Procedemos a ello.»

Jolyon Sanderfer no esperó más.

Rápidamente, salió de la sala de mandos..., que ya no servía de nada en la nave USA-ASC-097. En completo silencio, el comandante de dicha nave se orientó hacia donde había oído antes las voces terrestres...

* * *

—Muy bien —dijo Monaway—. No importa que seáis tan púdicas. Al contrario, va a ser divertido para nosotros quitaros esas túnicas. Divertido y emocionante. ¡Tú, ven aquí!

Agarró a una de las jovencitas urrh por la túnica e intentó quitársela arrancándosela, pero el tejido no cedió.

—¡Vamos, sargento! —rió un soldado—. ¡No se desanime!

Se oyeron más risas. Monaway gruñó algo, se inclinó ante la muchacha, asió el borde de la túnica y tiró hacia arriba. Tuvo que emplear un poco de violencia, pero consiguió quitarle la túnica, derribando a la muchacha. Riendo, algunos soldados se abalanzaron hacia las otras cinco muchachas, y forcejearon con ellas lanzando risotadas, desnudándolas a todas en pocos segundos.

Sus cuerpos eran tan hermosos, tan superiores en belleza y tersura a los de las mujeres de la Tierra, que los habitantes de este planeta se quedaron sin aliento mirándolos. Eran de una perfección

tal sus senos, sus hombros, sus piernas y brazos…

Celeste Colb fue la primera en darse cuenta de una sorprendente realidad:

—¡Pero si no tienen sexo! —exclamó.

Durante un par de segundos sólo hubo desconcierto entre los terráqueos. Luego, las atónitas miradas fueron hacia el bajo vientre de las muchachas, completamente desprovistos de vello…, y del más leve vestigio de sexo. Simplemente, la parte inferior de los vientres de las jóvenes urrh eran tan lisos como sus vientres.

—Pero… pe-pero… —tartamudeó Monaway.

—¡No es posible! —jadeó Elbert Ware.

Se adelantó hacia una de las muchachas y la derribó. Tres soldados acudieron en su ayuda, sujetando a la urrh y forzándola a separar sus muslos. No había nada allí. Era como si se tratase de un maniquí.

—No puede ser —farfulló uno de los soldados—… ¡No puede ser, han de tener sexo! ¡Miremos a otra…!

—No se molesten ustedes, damas y caballeros del planeta Tierra —sonó en la puerta de la sala la voz de Jolyon Sanderfer—… No encontrarán sexo en ninguna de estas jóvenes urrh, por la sencilla razón de que no lo tienen… todavía. Sólo lo tendrán cuando ellas lo deseen, es decir, cuando amen a un hombre. ¡Quieto, sargento!

Hillel Monaway detuvo su mano, y luego la dejó colgar con un gesto natural. Con una pistola en cada mano, Jolyon Sanderfer parecía dispuesto a controlar la situación a toda costa.

—¿Cómo ha conseguido salir de…? —empezó Bentley, lívido.

—Deja eso ahora —exclamó Celeste—… ¿Qué has querido decir, Jolyon?

—Como doctora, espero que lo entenderás enseguida, Celeste. Las mujeres de urrh no tienen sexo cuando nacen; sólo cuando llegan a la edad de la reproducción y aman a un hombre el sexo aparece, aflora espontáneamente.

—¡Eso es imposible! ¡Es una locura!

—No, querida doctora. Es un recurso de conservación de la especie, de salvaguarda de la pureza de los urrh. Y todo empezó cuando hace cuatro millones de años los rruh secuestraron y violaron miles de mujeres urrh y tuvieron hijos con ellas, los rruhhurr, seres tan espantosos como los propios rruh, con todos sus

defectos y con poquísimas cualidades de las violadas hembras urrh. Fue entonces, después de que finalmente los rruh fueron expulsados de la Galaxia de la Luz, cuando los urrh fueron evolucionando sexualmente en una metamorfosis voluntaria hasta conseguir, un millón de años más tarde, el resultado que ahora veis: no tienen sexo hasta que aman, hasta que desean voluntaria y sinceramente aparejarse con un ser amado. Y no sólo es una protección de la raza urrh, sino una certeza de que todos los hijos urrh son engendrados con auténtico amor. Puesto que sólo cuando aman aflora el sexo en las mujeres urrh, es cierto y seguro que todos los urrh son concebidos básicamente bajo el impulso del amor…, y no como en la Tierra, que cualquier mujer puede engendrar hijos de cualquier hombre, aunque lo desprecie, o lo odie, o sea despreciada y odiada. Por eso, en toda la Galaxia de la Luz todo es amor. Todo, todo, absolutamente todo es amor.

—¿Todo es amor? —jadeó Celeste—. Jolyon, no sé lo que han hecho contigo, no sé cómo te han engañado, o controlado, o lo que sea. ¡Pero te están mintiendo, ellos no son todo amor! Ahora… ahora mismo siento, cada vez con mayor intensidad, las oleadas de maldad que me llegan de estos… estos malvados seres de Urrh… ¡Y estoy segura de que los demás también perciben esos… efluvios de los malvados seres de Urrh!

Hubo murmullos de asentimiento, y hasta gestos de espanto en los rostros de los terráqueos, a los que Jolyon Sanderfer miraba compasivamente.

—Es cierto —murmuró—… Hasta yo mismo percibo esos efluvios de maldad de los malvados seres de Urrh. Pero las cosas no son como vosotros creéis. ¿Recordáis a los rruh…, a los seres casi simiescos y de horrendas cabezas y voraces fauces que devoraban a los urrh en las sangrientas batallas de hace cuatro millones de años…? ¿Recordáis a esos seres horrendos y perversos, envidiosos y crueles, ignorantes y brutales, rencorosos y criminales…, y muchas cosas más…, recordáis a esos malvados seres que finalmente fueron expulsados en cientos de naves, lanzados al espacio…? ¿Los recordáis?

—Naturalmente —mascculló Ware.

—Pues bien, esos seres que devoraban seres mejores que ellos, esos seres horripilantes de atroz maldad, fueron lanzados al espacio

y estuvieron en él largo tiempo, recorriendo galaxias…, hasta que finalmente, en una de ellas apareció un planeta en el cual amerizaron. Era un enorme océano, donde se hundieron las naves a más de diez mil metros de profundidad, y en el cual sucumbieron millones de rruh y de rruhhurr; pero hubo supervivientes, y estos supervivientes comenzaron un nuevo ciclo de sus malvadas vidas. Algunos se quedaron en el mar, y otros alcanzaron tierra firme. Tanto en uno como en otro ambiente, se multiplicaron entre sí y apareándose con otras especies extrañas que había en ese planeta que los acogió. Y crearon así nuevas especies grotescas, mientras algunos de ellos conseguían mantenerse en relación única. Como fuese, se quedaron en aquel planeta, y allí siguen, evolucionando lentísimamente en lo físico…, y todavía más lentamente en lo mental, porque la maldad originaria subsiste en ellos. Aquella maldad que los impulsaba a la Gran Revuelta en Urrh, y por la cual fueron expulsados y condenados a vagar por el espacio hasta que encontraron aquel planeta bello y acogedor que, todavía hoy, siguen destruyendo lenta y sistemáticamente… ¿No queréis saber cuál es ese planeta? ¿No queréis saber a qué planeta llegaron los malvados seres expulsados de Urrh?

—Dios… mío… —gimió Celeste Colb—. ¡Oh, Dios mío, no! ¡No! ¡NOOOOOO!

—Me parece que lo has entendido, Celeste. En efecto, llegaron al planeta que tú estás pensando. Y por eso percibís maldad a vuestro alrededor, especialmente en esta galaxia, en que se manifiesta con mayor fuerza debido a nuestros orígenes, a una invencible fuerza ancestral que a mí me produjo la impresión de que ya conocía de antes las llanuras azules, los árboles rojos, los tres soles, los frutos de los hermosos árboles… Percibís la maldad porque seguís siendo malvados, seguimos siendo malvados… No es la maldad de los urrh la que percibís, sino la de los rruh, nuestra propia maldad… Porque en efecto, Celeste, el planeta al que llegaron los rruh es el nuestro, la Tierra, ese hermoso planeta azul que ocupa un insignificante lugar en la Vía Láctea, beneficiándose de un solo sol que durante millones de años nos ha permitido seguir viviendo… y siendo los malvados seres de Urrh, expulsados de la Galaxia de la Luz. Sí, Celeste, ése fue el planeta: LA TIERRA.

Durante unos segundos, el silencio fue casi tangible.

Por fin, Rowena Donovan sollozó:

—Jolyon..., ¿nosotros... nosotros somos... los malvados... seres de Urrh?

—Nosotros, Rowena. Nosotros, y sólo nosotros. Cuando en la Galaxia de la Luz supieron que una nave de la Tierra se acercaba cundió el pánico, pese a que los urrh nunca tienen miedo. Pero la idea de que, tras cuatro millones de años, los rruh regresaban los aterrorizó, y no quisieron dejarnos ninguna iniciativa. Así pues, sabiendo que era inevitable que viésemos el punto luminoso del agujero de su cobertura, prefirieron atraernos, y hasta mentir, con tal de que, en cuanto el agujero estuviese reparado pudiéramos marcharnos. Sin embargo, yo experimenté una evolución mental velocísima en cuanto llegué a Urrh, y ellos la captaron. Por lo que sea, y sin que ello signifique mérito personal alguno por mi parte, todo mi ser se identificó inmediatamente con Urrh, comencé a intuir la verdad..., y Amandia que se había enamorado de mí pese al horrible aspecto de mi pequeña y rudimentaria cabeza decidió explicármelo todo. Y yo pedí que os ofreciesen el programa de televisión, porque sabía que llegaría el momento en que vuestra maldad me obligaría a preguntaros: ¿qué hacemos ahora? ¿Regresamos a Urrh a devolver los rehenes y luego regresamos en paz a la Tierra..., o nos matamos unos a otros, puesto que yo no pienso consentir que matéis más urrh ni los dañéis en modo alguno? ¿Que hacemos, malvados seres de Urrh? ¿Volvemos a asesinar en el planeta como nuestros antepasados de hace cuatro millones de años..., o quedamos en paz con los urrh esta vez, y regresamos a nuestro hediondo planeta para seguir siendo allí malvados, deshonestos, ruines y zafios?

Nadie se movió ni dijo nada. Todos estaban pálidos, aterrados. En sus mentes todavía ofuscadas aparecían las imágenes de los horribles seres de Urrh, los malvados seres de Urrh devorando a otros seres mucho mejores que ellos...

Jolyon Sanderfer tiró las pistolas a un rincón de la amplia estancia, y su mirada se clavó en los ojos de Clerfe Bentley.

—¿Capitán Bentley? —interrogó en un susurro.

—Creo —tragó saliva Bentley—... creo que debemos... emprender el regreso...al planeta Urrh, mi comandante.

—YA estamos de regreso —sonrió Jolyon Sanderfer.

* * *

En la inmensa llanura, miles de silenciosos urrh se disponían a presenciar la partida de la nave terrestre USA-ASC-097, esta vez sin rehenes, y ya reparado el agujero que dejaba escapar la luminosidad de la Galaxia de la Luz. La nave cruzaría la cobertura sin más contratiempo que la pérdida de control durante una milésima de segundo, aparecería en el negro espacio exterior, y ya de ninguna manera podría encontrar de nuevo el punto luminoso...

—¿Está seguro de que esto es lo que desea, mi comandante? —preguntó una vez más el capitán Bentley.

—Segurísimo, Clerfe, ya se lo he dicho. Amandia está esperando un hijo mío, amo este lugar desde millones de años antes de nacer, y... ya no podría permanecer rodeado de rruh. Aunque todavía debe de quedar en mí algo de rruh, supongo.

—No creo —murmuró Bentley.

Estrechó la mano de su comandante, que se quedaba en el planeta Urrh, y dirigió una mirada a la bellísima Amandia, que le sonrió dulcemente. Luego, tras un gesto de despedida con el brazo hacia los miles de urrh que llenaban la llanura, el capitán Bentley entró en la nave. La compuerta de ésta se cerró. Alrededor de la nave, los urrh se retiraron silenciosamente, sin dejar de mirar la nave terrestre.

Ésta se elevó con suavidad, lentamente primero, aumentando gradualmente la velocidad hasta llegar a la zona de succión y expulsión del planeta Urrh, que permaneció inactiva. En menos de cuarenta y ocho horas terrestres estarían fuera de la Galaxia de la Luz.

Abajo, sobre la hierba azul, bajo la luz trisolar, Amandia miró al comandante Sanderfer.

«¿Te quedas por amor a mí?»

«Sí.»

«Quizás algún día te arrepientas, y quieras regresar a la Tierra.»

«Amandia, es ahora cuando he regresado. En cuanto a la Tierra, jamás querré volver allá. No hay en ella nada que me inspire un amor comparable al que me inspiráis tú y Urrh. Y además, la Tierra es un planeta con escaso futuro: muy pronto se destruirán unos a otros.»

«Seguramente, te equivocas. ¿No has visto cómo han

reaccionado los demás? Han comprendido. Y cuando lleguen a la Tierra y digan todo lo que…»

«Nadie les creerá. Dirán que están locos, o algo parecido, y los someterán a una meticulosa observación médica, o psiquiátrica… Incluso es posible que crean que mi ausencia se debe a un motín, a algo turbio, en cuyo caso, serían juzgados y condenados… No quisiera estar en lugar de ninguno de esos malvados seres de Urrh. Así que me quedaré aquí para siempre contigo y con nuestros hijos, que serán urrh y no rruh o rruhhurr, porque yo me siento urrh y te amo como urrh. En cuanto a mis compañeros, vamos a olvidarlos inmediatamente. Se marchan porque así lo prefieren, de modo que… ¡feliz viaje de regreso, terrestres!»

ÉSTE ES EL FINAL

—Comandante Kerinov —llamó el navegante jefe.

El apuesto comandante de la nave URSS-111-MOKVA se acercó al panel de mandos centrales de la gigantesca nave espacial militar soviética.

—¿Qué ocurre?

—Hemos efectuado contacto con una nave norteamericana, mi comandante. Asegura ser la nave USA-ASC-097, en misión de rastreo radial por el espacio exterior, en viaje ahora de regreso a la Tierra.

—¿De dónde vienen exactamente?

—Se niegan a decirlo, mi comandante.

—¿Cómo que se niegan? Infórmeles de que ésta es una nave rusa militar, y que podemos destruirlos en un segundo.

—Ya les he informado de ello. Se niegan a decirnos de dónde vienen exactamente, sólo se identifican y piden paso libre para regresar a la Tierra.

—¿Cuánto tiempo llevan en el espacio?

—Tampoco quieren decirnos eso, mi comandante.

Igor Kerinov frunció el ceño.

—Con seguridad, se han enterado de que ha estallado la Tercera Guerra Mundial, finalmente. Y con no menos seguridad, están tratando de engañarnos. Debe de ser una nave espía rastreando nuestras plataformas de armas en el espacio exterior... ¡Capitán Sokov!

—¡A la orden, camarada comandante!

—Destruyan inmediatamente esa nave norteamericana que se niega a facilitar toda la información que les exigimos. Conviértanla en polvo. —El ceño de Kerinov se frunció de nuevo—... Al fin y al cabo, es lo mismo que harían ellos con nosotros si pudieran.

Destrúyanla.

—Destrucción de nave USA-ASC-097 programada para dentro de cinco segundos. Cuatro. Tres. Dos...

FIN